

La última guerra Ecuatoriana

Ramón Samus G.

La última guerra Ecuatoriana

Habla el secretario
del General Flavio E. Alfaro



San José, Costa Rica
Establecimiento tipográfico "Alsina"

1912

ADVERTENCIA

Se prohíbe la reimpresión de este folleto sin previo permiso escrito dado por su autor.

EXORDIO

Después de una profunda meditación y reposado análisis con referencia á los últimos sucesos del Ecuador que tanto han preocupado á la prensa extranjera y del continente suramericano, he resuelto publicar mis impresiones recogidas en el azar de aquella dolorosa campaña á la cual hube de asistir en razón de una íntima amistad con el inolvidable amigo General don Flavio E. Alfaro á quien acompañé hasta el último desastre en Yaguachi, con el carácter de Secretario privado.

La fuerza de un movimiento obligado, como se verá más adelante, y la circunstancia de haber actuado en los trabajos revolucionarios que desde Panamá inició el General Flavio E. Alfaro, fueron la causa principal de haber abandonado mis trabajos periodísticos en aquella ciudad, para acompañar á un amigo que en momento solemne exigía mi humilde concurso en favor del Partido Liberal al cual he consagrado los mejores años de mi vida.

Deseoso de hacer de esta publicación una apreciación fiel é imparcial á fin de que el historiador del porvenir se inspire en una relación alejada de odios y de venganzas, he resuelto llevar á cabo esta obra que ya exigen mi propia conciencia y mi deber de periodista.

Aquí no se verá el aguijón del insulto señalando á determinado individuo para que sufra el menoscabo de su reputación; se en-

contrará tan sólo el reflejo consecencial de una obra política humana enseñando á los hombres del porvenir y en especial á los gobernantes, lo delicado y grave que es dirigir los destinos de una Nación.

La lógica de los acontecimientos del mundo, ha venido pregonando á lo vivo esta verdad con ejemplos altamente dolorosos y aún no ha sido posible que aprendamos en el libro del pasado.

Empero, es hora de que, aquellos que nos hemos dedicado á escribir para el público, nos inspiremos en esta nobilísima tarea y saquemos el fruto que se debe de tan terribles enseñanzas.

Alejemos la pasión engendrada por el afecto y coloquémonos en el fiel de la balanza para que el platillo más pesado caiga por la razón de su peso, pero sin obligarlo. Se trata de un caso excepcional en la vida de nuestras repúblicas modernas y antes de fallar en bloque, pensemos en que el pueblo ecuatoriano á quien hoy se vilipendia sin piedad, es nuestro hermano. Recordemos que sus familias están confundidas con las nuestras y que su sangre es la misma que vigoriza nuestros cuerpos; la misma que corrió generosa en nuestros valles y colinas para alcanzar la emancipación de América.

Esta tarea, ardua en extremo, pero ideal en el fondo, es la que inicia hoy nuestra pluma, sin exageraciones y sin parcialidades políticas.

Hay en el Ecuador como en Colombia, dos partidos políticos militantes cuyos programas en esencia, puede decirse, conservan la misma tradición: El Partido Liberal y el Partido Conservador.

El liberalismo pide y quiere las libertades del pueblo dentro de la equidad más absoluta y exige que la República sea para todos (ricos y pobres) enteramente igual. Lucha contra el privilegio de las castas sociales y trabaja por la protección de la clase prole-

taria, basado en las leyes democráticas que constituyen la parte fundamental de su prospecto universal.

Todo acto que tienda, pues, al poderío de un grupo ó de una familia, está de consiguiente en pugna con las leyes que debe observar el liberalismo. Por tanto, para merecer el nombre de liberal, es necesario ser consecuente con el programa que se ostenta.

Así como el Partido Conservador defiende el dogma y se escuda bajo la bandera romana que sostiene la tiara y los cetros monárquicos, así mismo el liberalismo predica igualdad de derechos y separa las leyes del estado del dogma religioso á fin de que el culto divino permanezca alejado del poder civil y éste no se vea cohibido por la influencia pontificia.

Esta lucha titánica de los dos partidos en la América del Sur ha costado millares de víctimas y en donde quiera que las comunidades religiosas han plantado su fuerza monacal, el imperialismo ha sentado su poderío y los esfuerzos del liberalismo han resultado inútiles. Mas, con todo y sus dificultades, la idea avanza y la civilización no retrocede.

Los restos de esa *partida cogullana* en cuya dirección hay cerebros poderosos, tienen en sus manos, bizantinas mansiones á donde acuden las masas ignaras á recibir el baño de la sugestión para obedecer ciegamente al maquiavelismo de sus directores.

Y así, el pueblo insensato como el débil sensato, siguen por el camino del fanatismo convencidos de que todo aquel que no piense como ellos, merece el linchamiento. Y aunque los tiempos pasan, el instinto fiero de la humanidad no se corrige sino que duerme con la morbosidad de la fiera dentro de su cueva para despertar con la misma ferocidad.

Así, no es raro ver que los tiempos de Caifás, Herodes, Calígula, Nerón, Ataulfo, etc., se repitan con los mismos horrores al pre-

sentarse por el oriente las auroras del siglo veinte en que vivimos.

La era de los bárbaros pretende visitarnos nuevamente y á que nos invada esa ola pavorosa debemos oponernos con todo el frenesí de nuestro espíritu.

Estudiemos y busquemos el mal en donde está; pero no avancemos apreciaciones rudas contra señalada persona, porque en muchas ocasiones acontece que aquel que se señala como víctima de escarnio, es otro cordero inocente acusado por la mano invisible y criminal que va enlazando los acontecimientos para el triunfo de su obra exclusivista.

Veamos con serenidad [la relación] de los sucesos que en mi carácter de Secretario del General Flavio E. Alfaro me tocó presenciar y luego, meditemos para aunar nuestro común esfuerzo y laborar en beneficio de los seres inconscientes que obran más por exceso de ignorancia que por maldad.



Relación

de los

preparativos revolucionarios en Panamá

Es el *parque de Santa Ana*, en la ciudad del istmo, el lugar más concurrido por las noches á donde una mayoría de personas acuden á disipar su cansancio, halagados por la amenidad del paisaje y por el fresco agradable de las brisas que mecen las palmeras y refrescan las copas de los árboles.

En aquel paraje, ilusionados por la novedad del bullicio de los coches y por el nuevo ambiente de otra vida de mayores libertades, paseábamos por las avenidas del jardín dos periodistas colombianos: Juan Ignacio Gálvez y el autor de estas líneas; de repente, en una de las vueltas del parque, tropezamos con el General Flavio E. Alfaro á quien fuí presentado por mi amigo y con quien trabajamos ligeramente una conversación familiar. Su aire expresivo de ingenuidad, su porte suave y amable y su título de liberal despertaron mi admiración por aquel nuevo amigo que encontraba en mi camino y después de un rato de agradable charla, nos separamos indistintamente.

Don Flavio tenía por costumbre salir al parque mencionado con su hijito Leonidas y allí continuaron nuestras entrevistas, hasta que una noche me exigió fuera á su do-

micilio en donde me esperaba para ayudarme en algunos trabajos de confianza especial. Para esos días ya publicaba mi semanario *La Información* y como disponía de tiempo, acudí al *boarding house* domicilio del General. Allí fuí enterado del propósito que tenía de lanzar un *manifiesto* á sus amigos del Ecuador acerca de su conducta en los sucesos del 11 de Agosto. Puso en mis manos varios pliegos borradores para que los revisara y luego que le dí mi aprobación me exigió se lo rehiciera en forma de carta íntima dirigida por separado á dos de sus amigos residentes en Quito y Guayaquil para que estos la hicieran conocer como les pareciera más prudente: privada ó públicamente.

Despachada que fué esta carta, la correspondencia política tomó fuerza activa y en *La Información* comenzaron á publicarse algunos sueltos y artículos dándole viento á los trabajos iniciados; los meses de octubre y noviembre pasaron velozmente y fué en este mes cuando se corrió la noticia de haberse descubierto un plan de asesinato en contra del Presidente Estrada, todo lo cual resultó falso.

En este estado de cosas, los agentes revolucionarios que dirigían el partido flavista en Quito, Guayaquil, Esmeraldas, etc., comunicaron á don Flavio la gravedad del señor Estrada, noticia que fué corroborada por los periódicos más serios del Ecuador.

Siendo la enfermedad de don Emilio Estrada una *insuficiencia al corazón* en extremo avanzada, fué plan combinado mantener al Presidente en una alternativa de sobresaltos que á la larga traerían la consecuencia de su muerte. El estado de salud del Presidente tomó tal gravedad, que en realidad, el día veintidós de diciembre, en la mañana, recibió don Flavio la noticia de la muerte del señor Estrada. Horas más tarde, el Coronel Carlos Otoya participó á don Flavio que la provincia de Esmeraldas

se había pronunciado proclamándolo Jefe Supremo de la República y llamándolo con urgencia á ponerse al frente del movimiento.

Esta perspectiva, aunque halagüeña, tenía el inconveniente de que la plaza de Guayaquil, el puerto principal del Ecuador, en donde había abundante parque, estaba bajo la dirección militar del General Pedro J. Montero á quien don Flavio consideraba muy difícil de atraer por efectos de emulación, pues que sabía, Montero no había sido amigo de su candidatura.

No obstante esta circunstancia, el General Flavio se había dirigido con anterioridad á sus amigos haciéndoles presente la necesidad de atraer á Montero poniéndolo al corriente de que el Partido Conservador estaba preparándose para dar un golpe y asegurarse el poder.

El General Montero, hombre burdo y militar plebeyo, no tenía mayores alcances intelectuales; y ante la idea de ser el salvador del liberalismo, era muy probable que entrara en la combinación. A esto ayudaba también la casualidad de haberse descubierto el paso de un armamento por el Istmo con dirección al Ecuador y de propiedad de la causa conservadora.

Dados de mano estos acontecimientos, ocurrió la muerte del Presidente Estrada, causa principal de haberse festinado un golpe cuartelario para el cual no se contaba sino con el trabajo de *defección*, pues don Flavio no tenía un solo rifle, ni contaba con dinero para ello.

Razones del movimiento

Convencido don Flavio de que su candidatura no había triunfado en el debate electoral por la oposición que le hiciera su tío el General Eloy Alfaro, consideraba el triunfo de su contendor Estrada como espurio, y esta idea, fortificada por el modo como don Emilio se había visto precisado á tomar el Poder haciendo la revolución del 11 de agosto con soldados del mismo Gobierno Alfaro, lo mantenía en constante tensión² para reclamar un derecho que de suyo creía legítimo y legal.

Era el General Flavio E. Alfaro un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad; constitución robusta y fuerte; mediana inteligencia sin cultivo, pero de gran malicia; gustaba muy poco de la lectura de libros serios, y de los periódicos, solamente leía las crónicas de su tierra y las noticias importantes.

Tenía bastante práctica en los asuntos políticos y en el lenguaje familiar era correcto y muy discreto. Pecaba más bien por ser un reconcentrado exagerado, que por imprudente. Como hombre civil reunía la magnífica condición de su trato familiar y en especial, para soportar las tenacidades de los necios. Era³ sensible á la desgracia ajena y se preocupaba por aliviarla con brotes espontáneos de generosidad. Su temperamento, de apariencia tranquila y reposado, se hacía impaciente en los instantes de trabajo activo y en esos momentos era tosco y hasta malcriado con sus subalternos in-

mediatos. Como militar no tenía ninguna prenda de superioridad: era simplemente un gran valiente en la extensión de la palabra. Sumamente bueno con los soldados y tolerante hasta lo más.

En varias ocasiones le oímos algunas manifestaciones despóticas y podemos asegurar que al haber llegado á la Presidencia de la República, su gobierno hubiera sido dominado por el despotismo más absoluto.

Conocía los hábiles polífticos del Ecuador y aun cuando estaba preparado para rechazarlos, no lo hubiera podido, porque era muy fácil á la fruición de la lisonja. Era un práctico conocedor del corazón humano; hablaba muy poco y jamás discutía; era también muy buen observador.

En el terreno de la amistad era cordial y muy buen amigo.

Jamás le oímos propósitos de venganza y antes bien abundaba en buenas intenciones para con su patria. Tenía predilección por Guayaquil y pensaba en la prosperidad de aquella ciudad.

Como hombre de hogar, era completo, sufría constantemente con la ausencia de los suyos y su único placer de proscrito consistía en que su hijito Leonidas no tuviera la menor contrariedad. Poseía grandes condiciones morales y era un virtuoso en su vida privada.

Su demasiado optimismo le hacía confiar en el cariño de los soldados de línea y contando con este contingente, que creía suyo, se preparaba y disponía desde Panamá los trabajos de una *defección* para derrocar un gobierno que él consideraba anticonstitucional.

Estas razones las vigorizaba con la propaganda de que don Emilio Estrada se estaba echando en brazos del partido conservador y con este argumento que él consideraba poderoso, creía llegar á la meta de su aspiración.

Objetivo

Contando con que en su camino no se le presentarían mayores inconvenientes, se prometía hacer de su país una tierra de trabajo, envidiable por su progreso. Y cuando en esto pensaba, no tenía inconveniente en manifestar que los únicos que podían darle impulso comercial y adelanto verdadero, eran los norteamericanos.

Se manifestaba asombrado con los trabajos del Canal y creía que entrando en negocios con los yanquis, los puertos de Esmeraldas, Bahía de Caraquez, Manta, Ballenitas y Guayaquil serían con el tiempo los principales en el océano Pacífico.

Era en un todo enemigo del ministerio mixto y consideraba que el partido liberal para hacer un buen gobierno no necesitaba de dar participación al partido conservador á quien creía peligroso para el establecimiento de un buen régimen gubernamental.

Aceptaba en un todo la Constitución vigente y decía que las principales reformas se habían hecho durante la Administración del General Leonidas Plaza G., en cuyo período había servido la Cartera de Guerra, puesto en el cual había dictado disposiciones de organización y mejoramiento del soldado á quien hasta entonces se trataba como á simple salvaje.

Estaba plenamente convencido de la necesidad imperiosa de mantener á todo trance la separación de la Iglesia y el Estado para evitarle al Ecuador una nueva era de servilismos y de deshonras, pues decía que los

gobiernos teocráticos no hacen de los pueblos naciones altivas y grandes, sino hombres apocados faltos de dignidad y de carácter para hacer valer sus derechos.

Empero, si bien era noble su modo de pensar, la manera ó el camino que buscaba para su objetivo, estaba apartado en un todo de la moral del ejército, puesto que para derrocar al Gobierno, que indiscutiblemente era liberal, apelaba á fomentar la deslealtad en la milicia nacional.

Pero desgraciadamente era tal su obsesión, que ni aun siquiera recapacitaba ante tan grave delito.



El Gral. Eloy estaba aislado

En todos los planes revolucionarios iniciados por don Flavio, siempre tuvo el cuidado de obrar sin dejarle conocer el más pequeño detalle á su tío el General Eloy, á quien consideraba el peor enemigo para sus aspiraciones.

En varias ocasiones llegó el Coronel Olmedo Alfaro, hijo del General Eloy, á la pieza de don Flavio en calidad de visita y su presencia fué más que suficiente para suspender trabajos y entregarse á atenderlo sin dejarle comprender sus labores.

Guardaba un profundo resentimiento para con su tío—don Eloy—y en alguna manifestación, escribió á varios de sus amigos que si el General Eloy entraba en el movimiento que se preparaba, él se retiraría.

Había pues entre estos dos Generales, parientes, una valla profunda de desacuerdo y el General Eloy estaba completamente aislado de los trabajos iniciados por don Flavio.

La anarquía había echado sus raíces en el seno de la misma familia!...



Atracción del Gral. Montero

Los agentes del General Flavio E. Alfaro en Guayaquil, en cumplimiento de instrucciones dadas, comenzaron su obra para el sometimiento de aquella plaza, pero, á la verdad, el asunto se hacía cada vez más difícil, pues si bien era cierto que se contaba con amigos de acción, estos estaban inermes, porque se carecía de armas para el movimiento.

Uno de aquellos agentes, hábil diplomático y de fácil palabra, acometió la empresa de atraer á Montero, hombre terco y por tanto difícil de aorillar.

No obstante, parece que éste era el único camino que quedaba á los revolucionarios, pues don Flavio no pensaba en otra cosa sino en la catequización del ejército.

En este proyecto estaba obcecado y su ofuscación, como lo hemos dicho antes, no le dejaba entrever el precedente de desmoralización con que pretendía coronar su aspiración.

Tratar de hacerle observaciones sobre este particular era lo mismo que golpear en una roca. El decía: así como subieron, tienen que caer; los mismos que los ensalzaron los tumbarán del trono. Y de ahí no era posible sacar al General!

El mes de diciembre había comenzado ya con sus días esplendentes y risueños; la acción de una estación primaveral se reflejaba en la vasta extensión de la comarca cuyas playas se riegan con las olas quejumbrosas del pacífico; la ventura de los últimos días

del año que se iba, aparecía risueña para unos, radiante para otros; en los campos, las gentes inocentes del pico y de la pala preparaban sus tamboriles para el festejo de los días de navidad y la anhelada noche buena; en tanto, los que estábamos en el corazón de los trabajos bélicos, veíamos la aproximación de una revuelta armada con tragedias de sangre y de dolor!

Indudablemente se acercaba la hora fatal de interrumpir la paz de los labriegos que hoy como ayer, mañana como hoy, viven siempre inclinados en sus huertas para hacer fructificar la tierra.

Las noticias venidas de Guayaquil no eran muy halagadoras; sin embargo, don Flavio en su persistencia había dirigido una carta á su Agente de mayor confianza en la cual iba un párrafo dulce y embriagador para el General Montero, quien debería conocer dicha misiva de modo casual sin dejarle entrever el propósito que se buscaba.

Para un hombre de facultades escasas, aquel párrafo era indudablemente una cucharada de néctar delicioso puesto que se le decía nada menos que la suerte de la República y del liberalismo estaba en sus manos y que él era su único salvador!...

Indudablemente aquí el General Montero encontró su primer paso peligroso.

Obra era del agente llenar aquel cometido con audacia, astucia y habilidad: los hechos posteriores se encargaron de probar el fiel cumplimiento de esta delicada empresa!

Muerte del señor Estrada

Toda la prensa del Ecuador comunicaba á diario el estado de salud del señor Presidente don Emilio Estrada y según aquellas noticias, su desaparición del teatro de la vida se esperaba de un momento á otro.

Así mismo ya se hablaba de los preparativos bélicos y este rumor general llegaba á diario á los oídos del señor Estrada quien por su novedad y su atmósfera política que lo rodeaba, era imposible que resistiera á la tragedia humana de las intrigas y las emulaciones.

Eran tales las especies que se propalaban en Quito, que el señor Estrada llegó á creer que el General Leonidas Plaza G. era ya su enemigo. Esta circunstancia enfrió como era natural la amistad de estos dos personajes, pero en todo caso se notaba que el General Plaza era un fiel sostenedor de la Constitución y por consiguiente del Gobierno. Tal era el convencimiento que había á este respecto, que don Flavio tenía la seguridad de que su contendor sería irremisiblemente el General Leonidas Plaza G., por ser este caballero, según opinión de don Flavio, el único caudillo de prestigio que rodeaba al señor Estrada.

La corriente, pues, de descomposición que arrollaba al Partido Liberal del Ecuador era ya incontenible y la anarquía en sus principales fundadores del Gobierno había echado ya poderosas raíces.

La ambición de mando en unos y la sed de lucro en otros no les permitía pensar en la moral del Partido.

Y mientras esto acontecía, el Partido Conservador se compactaba y atizaba la hoguera de las disenciones.

Los odios personales entre elementos del mismo Partido Liberal eran ya irreconciliables. Había Flavistas, Eloisistas, Placistas, Andradistas y hasta Monteristas. Y cada círculo de estos era implacable en su rencor porque, duranse los últimos años, los encargados del Gobierno habían sido extremistas con sus mismos compañeros de causa.

En esta situación conflictiva fué sorprendido el Partido Liberal del Ecuador el 22 de diciembre de 1911 al clarear las primeras auroras y reflejarse el sol sobre los blancos penachos del Pichincha y Chimborazo.

El telégrafo comunicaba á los países vecinos la muerte repentina del señor Presidente DON EMILIO ESTRADA y una sombra de pavorosa tragedia invadía el ánimo de los ecuatorianos.

La ola de las querellas se había precipitado con la muerte de aquel ilustre ciudadano cuyo paso por el solio presidencial tuvo la rapidez de una brisa suave sin huellas lesivas para su dignidad de magistrado.

La revolución festina el golpe

Dado el pie que habían tomado los preparativos bélicos y el entusiasmo que se había apoderado de algunos espíritus, especialmente en la Provincia de Esmeraldas, la fuerza progresiva del movimiento se avivó con la noticia de la muerte del señor Estrada y ese mismo día 22 de diciembre fué desconocido en Esmeraldas el Gobierno Nacional y tomado el Cuartel de Policía por el entonces Comandante Saavedra en asocio de unos cuantos valientes entre los cuales se encontraban Tobías Rodríguez, Pedro Pablo Prias y otros.

Ese mismo día se constituyó el gobierno provisorio en la mencionada provincia nombrando Gobernador al honorable caballero el señor Coronel Carlos Otoya.

El dinero encontrado en las cajas de Aduana y Tesorería de Hacienda alcanzó á dieciocho mil sucres, suma suficiente para el comienzo eficaz de la revolución, que á decir verdad no contaba con medio céntimo!

Es la ciudad de Esmeraldas una población de radio pequeño situada á las orillas del río de su nombre y sobre la desembocadura del mar. Su plano topográfico se extiende en una llanura bastante fértil respaldada por los cerros de la Cordillera. Su estado social es embrionario y su comercio se reduce á la compra del caucho y de la tagua que hay en abundancia y que los montañeses encuentran en las selvas vírgenes que rodean la población á una distancia de cuatro ó cinco leguas. La región es bastante rica y sus moradores viven con holgura y cordialidad. La necesidad no se conoce allí y se percibe

fácilmente en sus habitantes el don ingénito de la filantropía.

La circunstancia de ser un pueblo fronterizo con Colombia, hace que las costumbres de aquel país prevalezcan y que se encuentre allí mucho colombiano. De las familias fundadoras de aquel lugar no hay una sola que no tenga su ramaje colombiano.

El carácter esmeraldeño es en lo general festivo y al mismo tiempo belicoso; son amantes del trabajo y á la vez les encanta la guerra; puede asegurarse que la mejor aspiración de un esmeraldeño, consiste en ser un hombre independiente. En su pecho bulle el sentimiento patrio con tal ardor, que siempre han sido los primeros en ofrecer su valioso contingente.

Valerosos hasta lo indecible; el esmeraldeño que se deje coger un punto de debilidad éntre sus compañeros, no tiene para qué pensar en contar con su aprecio: queda de hecho un desgraciado.

En su trato son sencillos y guardan en el fondo sentimientos nobles. En la guerra se transforman y el coraje los hace indómitos. Son bastante unidos y no les gusta ser mandados por jefes extraños.

El General Flavio E. Alfaro tenía una alta idea del valor de esta gente, pero desgraciadamente no los conoció lo bastante; razón por la cual no buscó su fuerte en ese núcleo poderoso, dejándolo dividir en varios grupos.

Lanzada la guerra en Esmeraldas, su primer golpe parecía un movimiento completamente aislado; no obstante, el Coronel Otoyá comunicó el mismo día 22 por cable á don Flavio, quien estaba en Panamá, la resolución inexorable y el haberse lanzado la nave proclamándolo como Jefe Supremo.

Fué así como empezó la trágica revuelta en la cual tomamos parte sin conocer á fondo el estado de anarquía y de putrefacción en que se hallaba el gran partido de las democracias en aquel país.

El General Flavio E. Alfaro sale de Panamá á la guerra

Era la tarde del 22 de diciembre; los últimos crepúsculos agonizaban y la noche invadía las costas de la empinada cerranía cuando el autor de esta narración fué sorprendido por un llamamiento urgentísimo que por conducto del joven Eloy Delgado le hacía el señor General Flavio E. Alfaro.

Acto seguido, obedeciendo á la urgencia, me puse en comunicación con el Jefe y por él supe cuanto había acontecido y su resolución inexorable de seguir al siguiente día en el vapor «Manaví» á buscar el teatro de los acontecimientos. Manifestéle mi imposibilidad de viajar tan festinadamente, pero su exigencia se hizo orden y como existía un compromiso de antemano, me fué imposible esquivar el viaje, máxime cuando al dejarlo solo en esos momentos, era indudablemente rehuir el peligro. Después de ver algunos cables y enterarme de lo que acontecía, me despedí del General con el propósito de arreglarme y estar listo á las siete de la mañana del día siguiente.

Efectivamente, á la hora indicada del día sábado 23 de diciembre de 1911 estuve á las órdenes del General y á las nueve de la mañana, cumpliendo sus disposiciones, tomé un coche y me trasladé al muelle de Balboa, listo para embarcarme. Como á eso de las diez y media recibí contraorden de regresar por haber suspendido el viaje en vista de una comunicación que le había llegado de

Guayaquil en la cual se le exigía se retardara hasta nueva orden. Ya de regreso, me encontré nuevamente con el General quien me obligó á volver al vapor, pues su propósito era inquebrantable.

A bordo del vapor me manifestó que habiendo ido á donde su tío—don Eloy—con el propósito de decirle que suspendía su viaje, este lo había animado diciéndole que era el momento de ir á ponerse al frente de los esmeraldeños, porque una vez allí, podría levantar un contingente que le serviría para ser árbitro en la situación eleccionaria que debería presentarse.

El vapor, que según itinerario debía salir del muelle á las 8 a. m. se había esperado para recibir al Jefe, lo que me dejó comprender que la compañía protegía ó al menos simpatizaba con el General.

A las 11 y 30 a. m. el vapor puso proa hacia el Sur y horas más tarde tomaba viaje directo hacia Tumaco.

La perspectiva que á mis ojos se presentaba tenía á mi modo de ver muchas brumas, pues de Guayaquil no había ningún dato halagador que demostrara la facilidad de tomar aquella plaza. Á los esmeraldeños había que decirles que de Panamá les llegaba en próximo vapor un gran armamento y que en todas las demás provincias había estallado el mismo movimiento.

En medio de aquellas tristezas que invadían mi espíritu y también el del General, nos dimos á la tarea de escribir la primera proclama. Allí supe que la palabra *luchador* tenía que borrarse de nuestro diccionario guerrero porque era un desastre para lo porvenir!...

En aquel viaje el General tuvo expansiones conmigo y supe de muchas causas que motivaban su resentimiento con su tío el General Eloy Alfaro á quien á pesar de todo estimaba y profesaba un profundo respeto.

«Mi tío, me decía, no quiere convencerse

de su desprestigio y pretende pesar todavía en la balanza política cuando ya el país sabe que no le puede dar nada porque su edad y su salud no le ayudan para hacer una labor fecunda en bienes para la patria. Á la sombra de su gobierno el árbol del odio ha esparcido sus ramas y ellas han llegado á molestar á los miembros de la misma familia. Mi tío, no debería moverse de Panamá!»...

Era el día de Pascua, el salón del vapor lucía las banderas de varios países y el *menú* se había mejorado notablemente. Después del almuerzo salimos del comedor á la proa y allí, paseándonos sobre cubierta, me ocurrió preguntarle:

—Mucho me gustaría saber su opinión acerca de los Generales Plaza y Andrade, quienes indudablemente serán nuestros contendores.

—Con mucho gusto, me contestó: el General Plaza es mi compadre, cultivé con él, en mejores tiempos, muy buenas relaciones de amistad y en su administración, que ha sido la mejor del liberalismo, fuí su Ministro de Guerra. Es un hombre de prestigio, joven, vigoroso, inteligente é ilustrado. Aun cuando entre los dos han mediado ligeros incidentes que han trastornado nuestras relaciones, creo que no me sería difícil un acercamiento con él y entonces sí le aseguro á usted que el partido Liberal Radical se haría poderoso en el Ecuador. Del General Andrade tengo también muy buenas impresiones; solamente le encuentro que tiene muchas entendederas con los conservadores y con los curas; y esto no cuadra bien á un liberal. Luego me habló del doctor Freile Zaldumbide como hombre inteligente, y de otros personajes civiles que le parecían bastante notables.

El 26 de diciembre llegamos á Tumaco; una vez anclado el vapor, el General mandó buscar á dos de sus buenos amigos quienes llegaron, se avistaron con don Flavio, recibieron órdenes y salieron á cumplirlas. El resto del

día, á medida que la noticia iba generalizándose, las visitas al vapor se hacían más numerosas, la alarma cundía en la ciudad y el entusiasmo de los alfaristas se avivaba.

Á las nueve de la noche trasbordamos á la «Lancha Matilde» de propiedad particular y á esa misma hora seguimos con rumbo al Ecuador, tomando el río Mira para evitarnos un encuentro por mar con vapores del Gobierno ecuatoriano que ya juzgábamos en pesquisa nuestra. Nos acompañaban en este viaje los oficiales J. M. Vega Moncayo, M. Franco, Eloy Delgado y Leonidas Alfaro, niño de nueve años, hijito del General.

El río Mira atraviesa una vasta región de Colombia completamente despoblada y fértil. Hay algunos moradores bastante escasos que tienen pequeñas fundaciones de cacao y caña. El pescado lo cogen por medio de trampas que arreglan diestramente en la tarde para volver á la mañana siguiente á recoger los peces que hayan caído. Como el terreno es montañoso se comprende que la carne que consumen los habitantes de esa región es la de monte.

Se nota, al pasar por aquella rica comarca, un abandono completo por parte de los colombianos. Pues la fundación de haciendas en aquella llanura de terrenos baldíos no exige mayores gastos sino un poco de constancia y de buena voluntad. Hacia el centro de la montaña hay mucha tagua y árboles de cacao sin dueño. El río es un medio facilísimo de comunicación y con sólo la explotación de la madera que contienen aquellos bosques, hay dinero para el progreso de la fundación que se haga.

Si el Gobierno de Colombia se propusiera proteger la colonización de estas tierras riquísimas, la ciudad de Tumaco tomaría una gran fuerza progresiva, su comercio ensancharía el radio de acción y la República aseguraría mejor sus puertos del Pacífico.

Atravesando esta comarca gastamos dos

días, hasta el 28, fecha en que salimos de Congal—último puerto colombiano en donde hay un resguardo dependiente de Tumaco y que relevan cada quince días.

No obstante esta vigilancia, el contrabando es inevitable por el gran número de brazos en que está dividido el río.

El día 28 de diciembre, como á eso de la una de la tarde, llegamos á «Limonés», puerto pequeño del Ecuador, en donde fué recibido el General con notable cordialidad. El personal era bastante escaso, pues el día anterior habían salido para Esmeraldas cien hombres á órdenes del Comandante Bustamante. Después de un almuerzo espléndido, seguimos viaje en «La Matilde» llegando á «La Tola» como á eso de las siete de la noche. Allí permanecemos hasta las once *pos meridiem* hora en que seguimos viaje á caballo por la orilla del mar aprovechando la marea que bajaba.

A las seis de la mañana llegamos á «Ostiones», habiendo ingresado en nuestra compañía el Capitán Julio Mena y el Sargento Mayor Quinto Garcés.

A la 1 p. m. continuamos el viaje ecuestre y á las 9 p. m. hicimos la entrada en la población de Esmeraldas.

Allí una banda recibió al General Flavio E. Alfaro con el Himno Nacional y un batallón le hizo los honores de recepción. Horas después, descansábamos de las fatigas del viaje en la Gobernación, donde fuimos alojados por el Coronel Otoya.

Es el Coronel Carlos Otoya un hombre de unos cincuenta y cinco años aproximadamente; presencia grave y reveladora de la estirpe vigorosa de su raza, mirada sentenciosa á cuyo través se transparentan los sentimientos sanos de un hombre bueno cuyo conjunto hace pensar en los patriarcas de la antigua leyenda. Ver al Coronel Otoya, tratarlo y conocerlo es todo una sola cosa; en él no se encuentran las entretelas de la doblez. El Partido Liberal es para él

un culto al cual le rinde todo el fervor de su adhesión. Meditativo siempre; la mayor parte de su vida la ha pasado en Esmeraldas y es jefe de una familia honorable por mil títulos.

El Coronel Otoya es una de esas pocas reliquias que todavía ostenta el liberalismo, sin ponzoñas en el alma y por consiguiente inspirado en el ideal del gran partido.

Al día siguiente de nuestro arribo á Esmeraldas, el Coronel Otoya presentó sus cuentas y puso á órdenes del General el dinero recogido, cuyo monto, descontando los gastos de raciones, alcanzaba á unos diez y siete mil sucres.

El 30 de diciembre en la mañana se recibió noticia de Guayaquil de haber desconocido el Gobierno del Doctor Freile Zaldumbide y de haberse proclamado como Jefe Supremo al General Pedro J. Montero, autor del movimiento en aquella plaza.

Fué aquí cuando nació el gran peligro para la revolución con motivo de quedar proclamados dos Generales como Jefes Supremos.



Conflicto Montero-Alfaro

Los agentes del General Flavio E. Alfaro, en Guayaquil, en vista del cable que les contestó y que decía así: «Salgo ahora Esmeraldas. Si es verdad que tengo amigos, espero cumplirán con su deber»; ante esta resolución, activaron su plan y viendo que Montero no accedía sino á cambio de ofrecimiento gordo, se combinaron reconociéndolo como Jefe Supremo en la pueril creencia de que al llegar don Flavio, Montero declinaría el honor de la Jefatura.

El caso para los amigos de don Flavio fué á la verdad de lo más complicado y ya lanzado el movimiento no les quedó más recurso que proclamar á Montero.

¿Qué resultó?

Que Montero, conecedor de la oposición que don Eloy le hacía á don Flavio, determinó llamar al *viejo luchador* que se encontraba en Panamá, diciéndole que siendo la bandera del Partido era necesario se trasladara á Guayaquil urgentemente.

Don Eloy, sin más pensar, arregló su viaje y atendió la exigencia de su adicto subalterno llegando á Guayaquil el 2 de enero de 1912.

Recepción á don Eloy

La llegada de don Eloy á Guayaquil fué el reflejo más perfecto de su situación en el Ecuador; aparte de Montero y la recepción oficial de la guardia de honor, ningún grupo de caballeros en representación de determinado cuerpo llegó á recibirlo. La pobreza absoluta de su prestigio había tocado á su fin y á pesar de todo el *viejo luchador* no lo creía, pretendiendo ser el árbitro de la situación.

Tan pronto como el General Eloy Alfaro llegó á Guayaquil, el General Montero, que siempre había sido su teniente, se le entregó en cuerpo y alma; y como don Eloy, verdaderamente no apoyaba á su sobrino porque no lo consideraba competente para ejercer la Presidencia, es claro que sus gestiones se encaminaron á obstaculizarle el paso.

El dos de enero salimos con el General Flavio de Esmeraldas en el vapor «Cotopaxi» y con dirección á Guayaquil.

Una comisión enviada por el Gobierno provisorio de la Costa puso al corriente al General de las pretensiones de Montero y después de dos días de navegación llegamos á la capital del Guayas.

Llegada de Flavio Alfaro á Guayaquil

Era el 5 de enero de 1912. Las auroras del nuevo año aparecieron para nosotros con los suaves espejismos de una mañana claramente hermosa y las perspectivas de un triunfo ya seguro colmaban nuestro ideal de luchadores. El «Cotopaxi» avanzaba dominando las corrientes impetuosas del Guayas y allá á lo lejos, sobre la plácida ribera aparecía la gigantesca ciudad de Guayaquil con sus torres de moderna construcción, sus estatuas y sus fábricas. Una nieve brumosa cubría la ciudad y á los lados de una y otra ribera se veían ganados en medio de las pampas formadas por los desbordes del río. Casas de campo sonrientes entre alegres paisajes se alzaban primorosamente coquetas en la vasta llanura y un regocijo espiritual alentaba nuestros pechos.

De pronto comenzaron á desprenderse de los muelles del malecón, lanchas y vapores de río y el gran recibimiento del pueblo guayaquileño se dejó oír con los dulces acordes de bandas militares y vivas entusiastas al General Flavio E. Alfaro.

Ya al frente del muelle principal, el General trasbordó á una lancha y saltó á tierra en donde fué recibido por el General Montero, sus Ministros, el Jefe de Zona y una gran concurrencia de más de seis mil personas. Tomando la calle de honor abierta por el batallón de línea, siguieron en coche á la Gobernación y de allí pasó don Flavio en

procesión cívica á hospedarse en el «Huélin-ton Housse».

El resto del día fué de saludos y cumplimientos sin trabajo alguno en pro del delicado proyecto que teníamos entre manos.

El contingente que presentó el General Flavio, fué el batallón Esmeraldas compuesto de doscientos hombres desarmados!...

Montero, en cambio, tenía todo el parque de la ciudad, dinero, aduanas, etc., etc.

Cómo hacer para que Montero declinara la Jefatura en honor de don Flavio?

Este fué el difícilísimo problema que se presentó y el cual sirvió para empeorar la situación.



Gran disensión

Tan pronto como el General Flavio Alfaro llegó á Guayaquil fueron repartidas unas hojas sueltas en que los esmeraldeños lo proclamaban como Jefe Supremo de la República.

Esta imprudencia alertó á Montero y sus amigos, comenzando el gran conflicto entre flavistas y monteristas.

Las gentes chismosas se encargaron de hacer su agosto y los enemigos de la revolución aprovecharon la coyuntura que se les presentó para aniquilar á un enemigo que en realidad estaba tomando cuerpo mayor.

Los flavistas, profundamente disgustados por el engaño de Montero al sostenerse en la jefatura suprema, alcanzaron á preparar un golpe para amarrarlo, pero la habilidad de los ministros lo impidió.

Montero, para evitarse el peligro de tener gente adicta á don Flavio en la ciudad, dispuso el envío de fuerzas á Huigra y entre éstas despachó el batallón Esmeraldas á órdenes del Comandante José Saavedra, hombre de acción y de reconocida lealtad á don Flavio.

Debilitado el contingente amigo de don Flavio, Montero fortificaba su acción de Jefe Supremo y oía en un todo los consejos de don Eloy.

Este General daba sus opiniones y á la vez que por un lado aconsejaba una cosa, por el otro hacía lo contrario.

En este estado, alarmante ya la situación, se publicó la siguiente hoja suelta:

«Manifiesto á la Nación

»Al regresar á mi patria, á la que saludo con veneración, creo un deber impuesto por las circunstancias, el dirigir la palabra á la nación ecuatoriana y particularmente al gran Partido Liberal radical.

»La situación del país, en extremo delicada, exige, para salvarla dignamente, que todos procedamos con abnegación y desinterés.

»Hoy más que nunca deben posponerse las aspiraciones personales ante la necesidad de unificar la acción patriótica de cimentar la paz de la República.

»La perfecta armonía, la más absoluta concordia, son en los momentos actuales los factores que se imponen para contener la anarquía, cuyas funestas consecuencias á nadie se le ocultan.

»Para evitar tan grave mal, preferí abandonar el suelo patrio, antes que ocupar nuevamente la Presidencia como pude hacerlo sin ningún esfuerzo, á raíz de los sucesos de agosto del año pasado.

»En la actualidad la familia ecuatoriana se encuentra en plena discordia y á punto de entrar en una guerra fratricida, cruenta y dolorosa. En tales circunstancias no he trepidado en abandonar mi retiro para mediar amistosamente con el objeto de que se llegue á buen acuerdo entre las secciones de la República que se encuentran regidas por gobiernos diferentes.

»El patriotismo me impone misión de paz, y si como lo espero, me secunda la mayoría de mis compatriotas para obtener el buen éxito, será ello lo que constituya la más grata satisfacción de mi vida.

»Ir á la paz mediante un juicioso acuerdo para elevar á la primera magistratura del estado un personaje civil, de reconocida ho-

norabilidad, capaz de continuar la obra de engrandecimiento que ha venido efectuando el régimen liberal, sería hermoso y digno de un pueblo patriota como el del Ecuador.

»En el desgraciado caso de encenderse la guerra civil hasta el punto de ir á los campos de batalla, ELEMENTOS LE SOBРАН PARA TRIUNFAR Á LA JEFATURA SUPREMA PROCLAMADA EN ESTA CIUDAD. Esto está en la conciencia pública, pero el patriotismo, la humanidad, el buen nombre ecuatoriano y los altos intereses del país, exigen que se procure á todo trance una solución pacífica á la par que decorosa para todos.

»Tenemos pendiente una grave cuestión internacional, que si bien hasta hoy hemos tratado de solucionar equitativamente aceptando los buenos oficios de las poderosas naciones que median en el asunto, no por eso deja de exigirnos, de un modo imperioso, que nos presentemos unidos ante el mundo y con capacidad suficiente para merecer las altas consideraciones de los demás al propio tiempo que para hacer valer nuestros legítimos derechos ante la justicia ó en cualquiera otra forma.

»Reclamo, pues, el concurso de todos mis compatriotas para la obra que me propongo realizar, haciendo completa abstracción de mi personalidad y sin otra mira que la de ver á mi patria feliz al amparo de sólida paz interna basada en el imperio de las instituciones liberales vigentes.

»Procedamos con la cordura que las circunstancias reclaman, y no sólo daremos una prueba de civilización, sino que escribiremos una bella página en la historia ecuatoriana.

»Guayaquil, enero 5 de 1912.

»ELOY ALFARO

»(Imprenta *El Vigilante*)».

Esta hoja del General Eloy cayó muy mal en el partido flavista y la exacerbación de ánimos se hizo más peligrosa.

Pero lo más particular en esta conducta de don Eloy, fué la comunicación que envió al Coronel Belisario V. Torres, jefe de las fuerzas que se reconcentraban en las alturas de Huigra para la pelea. Según el Manifiesto, don Eloy era un simple mediador sin carácter militar y ageno en un todo á la participación revolucionaria. Y viendo la carta reservada dirigida al Coronel Torres, era la cabeza de la Revolución. Veamos este segundo documento:

«Guayaquil, á 7 de enero de 1912.

»Señor Coronel don

Belisario V. Torres.

Huigra.

»Estimado Belisario:

»Te remito copias del Manifiesto que he dirigido á la Nación, antier.

»El pliego adjunto es para el Gobernador del Chimborazo. Ve la manera de encaminarlo á su destino, lo más seguro posible. No importa que en Alausí sorprendan la comunicación antedicha, pues buen cuidado tendrán en enviarla á Riobamba. En esa comunicación trato sobre el mismo asunto de mi mediación para ver de conseguir la paz. Como es probable que el enemigo quiera intentar alguna sorpresa contra las fuerzas, vive siempre alerta. Una buena posición debe ser la clave del triunfo: de modo que debes estudiar bien el terreno para escoger tal posición. No descuidar el servicio de espionaje manteniéndolo hacia el lado de Alausí, ocupando para ello á nativos de esas comarcas, preferentemente. Haz vigilar también los caminos que desembocan del Azuay, no sea caso que por allí vengan tropas contrarias.

»Á los indios HAZLES SABER QUE PRONTO ESTARÉ CON UDS., á fin de alcanzar que se interesen á nuestro favor. Tu affmo. amigo,

ELOY ALFARO»

»P. D. Avivar el envío de postas ó Riobamba».

Todas estas circunstancias criaron en la revolución una atmósfera de desconfianzas y de zozobras que ya no había con quien tratar. Don Flavio desconfiaba de todos y se puso de carácter insoportable. Montero, por su parte, veía en don Flavio un émulo peligroso; y los ministros, que en verdad eran amigos, admiradores y sostenedores de Flavio, luchaban con ahinco y habilidad diplomática por definir tan espantosa situación.



Nacimiento de la Dirección de la Guerra

La ola de disgusto crecía y estaba al dar su explosión cuando salió publicado un decreto dictado por el General Montero en su carácter de Jefe Supremo de la República.

Después de una entrevista en el domicilio de don Flavio con asistencia de Montero y sus Ministros, don Flavio convino en aceptar el cargo de GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO y DIRECTOR SUPREMO DE LA GUERRA.

Gracias al *inventor* de este gran puesto, se evitó un conflicto que hubiera sido espantoso y de terribles consecuencias.

Don Flavio quedó en espera de tal nombramiento y el lunes ocho, después de comentarlo Montero con sus consejeros, dió á luz tan asombroso parto:

 ARTÍCULO ÚNICO.—Nombro General en Jefe del Ejército y Director Supremo de la Guerra al señor General Flavio E. Alfaro. 

Los ánimos se calmaron con esta feliz ocurrencia y don Flavio procedió á dictar sus órdenes.

Los ministros quedaron satisfechos de su obra y salieron indudablemente del *atoro* que tenían.

La plaza de Guayaquil militarmente quedó de hecho á cargo de don Flavio.

Ahora, ¿había sinceridad de parte de Montero?

Aparentemente sí. Montero con su presencia de campechano así lo demostraba. Empero, acontecimientos posteriores confirmaron lo contrario y ellos han venido á demostrar que don Flavio E. Alfaro sucumbiría de todas maneras. Si triunfaba, moriría; y si perdía, moriría!

¡Oh, las intransigencias y las ambiciones de los hombres!...



Sale la víctima en perspectiva

El jueves once de enero, como á eso de las diez de la mañana, salió don Flavio con toda su comitiva, compuesta de ayudantes y un batallón de trescientos hombres, con dirección á Huigra.

Las bandas militares entonaron sus acordes de despedida al Jefe y fué tal el tinte de tristeza imprimido á esos aires de la sierra, que yo no pude permanecer indiferente á la nota melancólica de la música ecuatoriana y sentí en lo más íntimo de mi alma un vago presentimiento de penas ya cercanas.

Hurras de entusiasmo y vivas al futuro Presidente se oyeron cuando llegamos á la estación de *Durán*. Allí almorzó cordialmente el General con un núcleo de admiradores, y como á eso de la una de la tarde seguimos viaje en el tren, entre aclamaciones de alegría.

Con toda rapidez pasamos de largo por las estaciones de *Yaguachi*, *El Milagro* y *Naranjito*.

Ya nos aproximábamos á *Bucay* cuando nos encontramos un pequeño grupo de soldados pertenecientes al «19 de Octubre» quienes comunicaron sin reserva la derrota de «Huigra». El General, sin hacer caso, ordenó se siguiera la marcha, pero á medida que avanzábamos, el número de derrotados que encontrábamos era mayor. No obstante, muchos nos resistíamos á creer en el desastre.

De pronto entre una gran columna de soldados de diferentes cuerpos nos sorpren-

dió un resto del bravo Batallón Esmeraldas que con su Jefe, el señor Comandante José Saavedra, venía perfectamente organizado y silencioso. El rostro de todos estos heroicos soldados dejaba ver la gran contrariedad que les abatía el alma. Era que nunca habían sufrido los esmeraldeños una derrota dada por los serranos y esta idea los traía profundamente mortificados.

Cuando ya vimos á estos valientes defensores de la libertad, cuya fama era de todos conocida, nuestras dudas desaparecieron y fué entonces cuando nos enteramos del gran fracaso.

El Coronel Belisario V. Torres, Jefe de las fuerzas que ocupaban las alturas de *Pasán* y *Huigra* había sido sorprendido por las fuerzas de Quito á órdenes de los señores Generales Leonidas Plaza G. y Julio Andrade; y después de un reñido combate de seis horas, no pudiendo resistir al empuje y bravura del ejército constitucional, se declaró en abierta fuga.

Todos los derrotados culpaban en su despecho al Coronel Torres como autor expreso del desastre. No así los que estábamos en antecedentes, como lo voy á demostrar.

Dos días antes, el Coronel Torres en asocio del Coronel León Valles, habían dirigido al General en Jefe y Director Supremo de la Guerra, sendos telegramas en que le ofrecían sus servicios con entusiasmo y adhesión, á la vez que le participaban estar ocupando la vanguardia del ejército y avisándose con el enemigo. El General Flavio, recuerdo, les contestó agradecido, y le hizo presente á Torres que tuviera mucho cuidado con los batallones *Ayacucho* y *Pichincha* porque tenía noticias fidedignas de que esos dos batallones eran sus amigos y que por tanto no dispararían un sólo tiro contra la revolución.

Torres confió y hé ahí la sorpresa: cuentan los mismos soldados esmeraldeños que uno de los batallones nombrados se dirigió

al centro con bandera blanca y que una vez cerca de los revolucionarios éstos gritaron: *Viva Alfaro*, á lo que contestaron los otros con una descarga y un viva al General Leonidas Plaza, trabándose enseguida brava lucha, pero ya en terreno desventajoso para la revolución, porque el ejército constitucional les había dominado la posición.

Este conflicto, visto por el Coronel Torres que confiaba en que el ejército de Quito pasaría á ser revolucionario, trajo en dicho Jefe tal desconcierto que no acertaba á dictar ninguna medida salvadora.

El batallón Esmeraldas que peleaba con su acostumbrada bravura, agotó su parque y cuando mandó á pedir municiones con urgencia y por reiteradas ocasiones, el Coronel Torres no sabía lo que estaba haciendo; cuentan los que vieron á este señor, que se tapaba los oídos y angustiado decía: *Estamos perdidos, nos han traicionado...!*

Fue así como los esmeraldeños sufrieron su primer desastre, no obstante haber tomado á fuego y sangre una pieza de artillería y algunos prisioneros. Razón tenía el Comandante Saavedra para renunciar á toda esperanza de triunfo!

El Coronel Torres era, según la opinión general, un militar desgraciado y pobre de condiciones para ser un Jefe. En cambio, en el terreno civil, era un gran caballero y un liberal sin tacha, por sus virtudes de lealtad y sentimientos nobilísimos.

El Coronel Torres no podía ser el Jefe de operaciones en quien se confiara aquel capital único de la revolución, y sin embargo, fué puesto allí. Por consiguiente, la responsabilidad de aquel desastre provino por la falta de buena dirección en Guayaquil.

Ahora bien; el Coronel Torres, en vista del telegrama del General en Jefe, era natural que confiara y creyera en el pase de los batallones que se le había anunciado.

Por lo tanto el Coronel Torres fué en un todo irresponsable del desastre, por dos ra-

zoes: 1ª porque él era un profano en la carrera de las armas, y 2ª porque se le renunció una cosa que no existía.

Muchos, por no decir todos los derrotados de Huigra, llegaron al campamento culpando al Coronel Torres é infamándolo, con la eterna muletilla de que se había vendido.

Los que tal hicieron han cometido la más negra de las injusticias.

Conocidas como me fueron posteriormente á estos sucesos las virtudes del citado Coronel Torres, he sacado en limpio que este señor, contando con el paso de los batallones referidos y convencido de que las fuerzas que actuaban pertenecían al mismo partido liberal radical, era lógico suponer que su Jefe, el Gral. Flavio E. Alfaro tenía que estar muy bien informado y por tanto para él era una temeridad barrer á bala á los que venían á ser sus amigos y que antes habían estado en el mismo campamento.

De esta manera lógica defendiendo el honor de un caballero á quien no tuve el honor de conocer y para quien guardo hoy la veneración que se merece un mártir de la causa, colocando sobre su tumba una corona de inmortales.

Sea esta la ocasión de hacer presente, para mayor luz en estos sucesos, que de parte del Gobierno revolucionario de Guayaquil se mandaban cartas íntimas á Jefes y oficiales mayores excitándolos en nombre del partido liberal radical á dejar solo al General Plaza y formar en la revolución. Todo esto tenía que saberlo el Coronel Torres y siendo éste un liberal de conducta enteramente sana, era muy natural que confiara en lo que se le había trasmitido por telégrafo.

De una manera muy distinta obraba el Gobierno Constitucional.

Organizado debidamente desde un principio, no se obedecía sino la voz de un solo Jefe secundada por su inmediato subalterno el Jefe de Estado Mayor General.

La disciplina de este ejército era absoluta y la dirección de operaciones estaba sujeta en un todo al arte de la guerra y á la ciencia militar.

Una vez tomada la ofensiva, el desfile de las fuerzas se hizo previa exploración de terrenos y solamente avanzaban cuando ya tenían la seguridad de no retroceder; su paso era aparentemente lento, pero seguro.

El entusiasmo de los soldados no decaía y así, con ese juicio, prudencia y valor, llegaron hasta las alturas de *Pasán* y *Huigra* hasta cargar con un arrojo temerario.

No hay duda que á ellos los acompañaba la razón; la causa que defendían era en verdad el respeto á la Constitución establecida por el Partido Liberal Radical.

En tanto que los revolucionarios defendíamos las aspiraciones personales de un grupo anarquizado que sólo pensaba en la defección de los contrarios...!

Cuánta irrisión y qué torpeza...!

Para mayor crimen, la víctima se enviaba al campamento á sucumbir de un modo ó de otro.



Habían razones para derrocar al Gobierno?

Triunfante la candidatura del señor Emilio Estrada por la influencia moral y material de don Eloy en su carácter de Presidente legítimo, era lógico que el señor Estrada entraba á regir el país de acuerdo con la Constitución. Muerto este señor en el ejercicio de su alto cargo, era lo correcto, según la misma Constitución vigente, que le reemplazaría el Doctor Freile Zaldumbide, como primer Vicepresidente y Presidente del Senado.

¿Qué razones de ilegalidad podían alegarse?

Absolutamente ninguna.

El régimen gubernativo era perfectamente legal.

Para atenuar el delito se dijo que era con el fin de evitar la elección del General Plaza á quien el Doctor Freile pretendía imponer.

¿Qué fundamento se presentó para esto? Ninguno, porque ni aun siquiera se le dió tiempo al encargado del Poder para convocar á elecciones.

Además, ¿no se contaba con libertad de Prensa para este torneo civil?

Sí; la Constitución mantiene y sostiene una Prensa completamente libre.

Luego, indudablemente la revolución no tenía razón de ser desde el momento en que la Constitución y el Gobierno eran perfectamente del programa liberal radical.

¿Qué hubo, pues?

Que la mayoría de los que formamos en tal avalancha, fuimos, unos, con los ojos vendados; y otros, con la mala fe y la ambición personal por delante.

El delito cometido por el desgraciado General Montero, no tiene defensa legal, y esto fue lo que indignó á la mayoría de los ecuatorianos, máxime cuando se vió en este señor la terquedad de alcanzar un puesto que era muy superior á sus facultades materiales y morales.

La revolución, pues, se presentó en esta ocasión á los campos de batalla sin una bandera justificativa; y es un deber de conciencia, por ley de moralidad, reconocer nuestro error y lamentarnos de haber sido ciegos en esta vez, prometiendo á la República laborar por su engrandecimiento, y á la causa liberal, por su compacta unión para hacerla fuerte en lo porvenir.



Acuartelamiento General en Yaguachi

Sufrido ya el desastre de Huigra, el General Flavio resolvió regresar de Bucay á Yaguachi en vista de la imposibilidad de hacer parar á los derrotados en Bucay y para distanciarnos un tanto del enemigo á fin de rehacer el ejército y prepararlo nuevamente para la lucha.

Efectivamente; esa misma noche del día once, regresamos á Yaguachi en el mismo tren, á donde llegamos al día siguiente como á las cinco de la mañana.

Una vez allí, nos dimos á la difícilísima tarea de reorganización recogiendo dispersos que llegaban dominados por un pánico espantoso.

El General Flavio aparentaba fortaleza, pero en el fondo estaba poseído de una gran desilución. Recuerdo que al presentarle un pasaporte en que constaban los títulos de *General en Jefe* y *Director Supremo de la Guerra*, me dijo con repugnancia: «no le ponga esos títulos; haga otro nuevo.» (¡!)

Ante aquella manifestación de desaliento, me propuse hablarle de desastres iguales como el de Bucaramanga acontecido al General Uribe y que habían sido precursores de triunfos futuros, con lo que logré ponerlo en mejor estado de ánimo. Al medio día su temperamento se hallaba ya bien vigoroso y me ordenó se agregara á la Orden General del Día un saludo al Ejército á fin de levantar el espíritu de los soldados, el que

fué leído esa misma tarde en los respectivos cuarteles y decía así:

«El General en Jefe del Ejército (repudió el título de Director Supremo de la Guerra) presenta á los señores Jefes, Oficiales y Soldados un saludo de confraternidad, excitándolos con efusión á compactar las filas del ejército para que con el patriotismo nunca desmentido se una nuestro común esfuerzo en pró de los derechos del Partido Liberal Radical, cuyo programa necesita defenderse con decidido entusiasmo, haciendo caso omiso de incidentes pasajeros que solo constituyen la base de una preparación fuerte y solidaria para el comienzo de la lucha que ya se ha iniciado. Las grandes epopeyas que han marcado los destinos de los pueblos han encontrado en su paso guerrero, reveses de la suerte que, en lugar de anular el esfuerzo de sus héroes, han fortificado su noble empresa revistiendo con nuevo vigor á la experiencia, que es la que encadena los escalones del triunfo. Soldados! La guerra comienza hoy con el vigor de una campaña activa.

»Tened presente que el entusiasmo del convencido es el principal baluarte que debe llevarse por delante para coronar con éxito completo la aspiración anhelada.

»Cerremos filas y marchemos de frente, compactos y resueltos, á clavar la bandera roja en el Capitolio Nacional de la República.

»Vosotros, los que siempre habéis luchado con amor frenético para sostener flameante el Estandarte Democrático, no debéis desconfiar un solo instante de la victoria que vamos á buscar; saquemos frutos de los perances accidentales y tengamos fija la mirada sobre las plateadas cordilleras del Pichincha para que sus fulgores iluminen las aureolas que os reserva el porvenir y la gloria de la causa».

Este saludo reavivó el entusiasmo y esa misma tarde empezaron nuevamente las

conversaciones animadas y una esperanza alentó el espíritu de los luchadores.

Fué entonces cuando pude apreciar mejor el carácter del soldado ecuatoriano que me pareció revestido de una gran constancia para perseverar, si se le sabe dirigir.

Muy pronto se olvidó el descalabro de Huigra y con gran voluntad se aprestó á la lucha futura. Pero desgraciadamente volvió la atmósfera envenenadora de la adulación y don Flavio creyéndose ya dueño de la victoria se llenó de viento dejándose dominar por un egoísmo de glorias que no le dejaba oír las ligeras insinuaciones de su secretario que indudablemente se interesaba por su bien, procurando hacerlo en la reserva más absoluta.

El doce por la noche, colocados los dos sobre la baranda del balcón de la casa que habitábamos, le insinué la idea, con la mayor prudencia, de hacer un fuerte atrincheramiento con sacos llenos de arena formando un laberinto con su correspondiente esterado de alambre de púas que permitiera enredar á los atacantes á fin de impedirles toda sorpresa á los atrincherados, para lo cual le expuse el famoso atrincheramiento de Cúcuta á través del cual el ejército liberal colombiano pudo sostenerse treinta y seis días con sus noches, con un pie de fuerza de mil setecientos hombres contra catorce mil del Gobierno Conservador.

A todo esto me contestó irónicamente: «Aquí nosotros peleamos á campo raso!»...

Entonces comprendí su fatuidad y su absoluta pobreza de nociones para ser un Jefe Militar en la guerra moderna. Me resigné á dejarlo con sus humos de vanidad y únicamente me dediqué á escribir lo que me ordenaba, sintiendo no poderme retirar por temor á que se me calificara de cobarde.

Sin plan de ninguna clase dispuso mandar como inspección el «Escuadrón de Caballería» á órdenes del Coronel León Valles

y el Comandante Maridueñas, en un tren sin blindaje, es decir, unos cuantos hombres de carnada á perecer dentro de unos vagones sin *son ni ton*.

Quien vea las reservas con aquellos jefes era para suponer algún asalto al ejército contrario. Pero nada; se trataba de una inspección ó mejor dicho de un toreo á un ejército perfectamente disciplinado y admirablemente bien dirigido.

¿Qué hubo?

Que aquel escuadrón, después de un corto tiroteo en que fué abandonado por sus dos jefes, tuvo que perecer de la manera más triste á la influencia de la estratégica espada del General Leonidas Plaza.

A Yaguachi llegó el Coronel León Valles en el tren con unos ocho soldados y aunque se trató de ocultar aquella insensatez militar, siempre se supo y éste fué un nuevo punto de alerta al pobre ejército que se tenía en capilla para descuartizarlo á *campo raso!*...

Huigra y Naranjito eran ya dos peleas de vigor para el Gobierno Constitucional, en tanto que para la revolución constituían dos desastres de mayor magnitud.

Como prueba de la mala situación que le vino á la revolución con el desastre de *Huigra y Naranjito*, está el acontecimiento del «Crucero Libertador» tomado por Fernández y Pino.

Estos oficiales que actuaban como defensores de la revolución, en vista de la posible pérdida del movimiento, resolvieron virar en favor del Gobierno Constitucional y al efecto, estando en el vapor se declararon enemigos de la *Jefatura Suprema*.

La circunstancia de no haber sido secundados en tierra por los amigos del General Plaza, según compromiso, obligó á los mencionados oficiales á entregar el buque lo que hicieron previo tratado de paz por el cual podían abandonar el país.

Mayor desmoralización no podía haber.

El mal ejemplo era imitado y el Jefe Supremo tenía que inclinarse ante semejantes consecuencias.

En aquellos días don Flavio dormía como en su casa. Eran las nueve de la mañana y la sala se llenaba de personas esperando á que saliera de su dormitorio. Muchos individuos que necesitaban tratar asuntos de urgencia, se impacientaban y se iban. A medio día ó por las noches, de siete á nueve, hacía correr la bola de que el enemigo se acercaba y era entonces cuando salía con sus ayudantes á recorrer la línea de batalla que había establecido sin consistencia y desprovista en absoluto de ciencia militar.

Esta línea partía de la orilla del «Río Yaguachi», cuatro ó cinco cuadras adelante de la Estación del Ferrocarril y se prolongaba hacia la izquierda tomando unos potreros de pasto hasta salir á un lado del cementerio y caer nuevamente al río, abajo del puente. Los pobres soldados quedaban completamente al descubierto y como los potreros estaban enlagnados, les tocaba resistir toda la noche de fatiga con el agua á la rodilla. El radio que abarcaba era el de la población, que puede medirse por la curva que describía, en una longitud de cuarenta cuadras más ó menos.

Tenía un gran cuadro de ayudantes que entre Coroneles, Comandantes, Mayores, Capitanes y ordenanzas, alcanzaban á treinta; habían peluqueros, camareros, despenseros, etc., etc. De éstos estaban regularmente montados, seis, que eran los que lo acompañaban á recorrer la línea; el resto estaban de á pie y solamente iban á la Comandancia á recibir la ración.

Entre los ayudantes que más trabajaban, recuerdo al Coronel Avila, Comandantes Acevedo, Regalado, Fuentes, Mayor Merchan Eza, el médico Dr. Torres Carrión, y otros cuyos nombres se escapan á mi memoria.

Los telegrafistas no descansaban, pasando

telegramas insulsos del Jefe Supremo y del Director de la Guerra. El uno por ciento de estos telegramas podía considerarse de importancia. Se hablaba de postas y de activo espionaje, pero nada de esto se hacía.

Solamente recuerdo haber despachado dos postas!.....

Teníamos el enemigo á dos leguas de distancia y no sabíamos quiénes eran los Jefes que traían la vanguardia ni qué hacían.

De Guayaquil anunciaban el envío de quinientos hombres y llegaban ciento ochenta y á veces treinta como aconteció con el batallón «Defensores de la Costa» que solamente constaba de veintiocho personas de las cuales diez y siete eran Jefes y Oficiales y los once restantes meros soldados reclutas!...

La Artillería, constante de una espléndida ametralladora y un cañón moderno fué colocada en la casa de la estación del tren sin blindaje de ninguna clase. Esta casa era de madera y por consiguiente los pobres artilleros quedaban de hecho condenados á una muerte segura.

El desorden era tal, que á pesar de pagarse cumplidamente las raciones á los jefes de batallón, á diario se presentaban los soldados de distintos cuerpos á manifestar que no se les pagaba y constantemente llegaban quejas de atraso de raciones. El negocio era una cosa vergonzosa.

No había Inspector General, y de consiguiente no se sabía con seguridad qué número de gente había organizada.

Así, en este estado de pésima dirección, se encontraba la montonera revolucionaria en Yaguachi hasta ser sorprendida por el Gobierno Constitucional el 18 de enero.

Batalla de Yaguachi

Esta población, situada en toda la línea del ferrocarril, se compone de casas pequeñas de madera, la mayor parte en mal estado. Tiene una iglesia construída del material nombrado, con su torre elevada y un magnífico reloj. Sus habitantes viven de la agricultura y cuenta con una sociedad regularmente culta. La circunstancia de estar cerca á Guayaquil hace que con frecuencia hayan familias distinguidas en calidad de paseo.

La casa que ocupaba la Comandancia era la que habitaba la familia del señor Coronel Joaquín Pérez — Jefe de Zona de la Revolución y muy apreciable caballero, quien estuvo dos días en el campamento y le fue muy útil á don Flavio; pues debido al Coronel Pérez, pudo el General darse cuenta del terreno que pisaba.

Del 12 al 18 por la mañana se pasaron los días en completo ocio, porque aparte de los telegrafistas, el Secretario y el General, todos los demás vivían sin mayor ocupación.

Otro grupo que trabajaba con acuciosidad era el de la «Cruz Roja».

El 16 fue sorprendido el General con un anónimo de Guayaquil, en que se le decía que tuviera mucho cuidado porque su vida estaba amenazada. Que Montero estaba resuelto á eliminarlo si triunfaba, y que triunfante ó perdido, su vida corría peligro por creérsele un obstáculo para las conveniencias de la revolución. Don Flavio no dió crédito á tal anónimo y yo por mi parte hice lo mismo.

Sea mentira ó verdad, es el caso que esta vida se hacía insufrible con tanto chisme y desorden sin igual.

Las familias habían abandonado sus casas dejando todo á la de Dios.

El jueves 18 de enero se presentó la mañana perfectamente tranquila, y aun cuando en la noche anterior el Comandante Maridueñas le había llevado un muchacho de los últimos derrotados de Huigra que llegaba al campamento, y quien manifestó al General que las fuerzas del Gobierno Constitucional habían pasado el río y se encontraban del lado acá del Milagro con disposición de ataque, don Flavio no dió importancia y nada hizo por evitar la sorpresa.

En cambio, el enemigo marchaba sobre nosotros con paso certero. El Coronel Valdez, vecino del Milagro y hombre rico, conocedor práctico y de gran prestigio en esa región, se había pronunciado en favor del General Plaza, y como vaquiano, se hizo cargo de dominar los flancos de nuestras posiciones indefensas.

Si don Flavio hubiera sido un militar avisado, lo primero que hubiera hecho antes de situarse en Yaguachi hubiera sido ponerle la mano á ese enemigo potente de la manera más amigable y mantenerlo en el campamento nuestro sin hostilizarlo y antes bien atrayéndolo puesto que es un buen liberal. Pero ni aun siquiera una atención tuvo con este señor. Todo lo contrario, se le miró con gran indiferencia.

Eran las nueve de la mañana y don Flavio permanecía acostado en un sofá de paja que había colocado en el balcón. Cansado de dormir, despertó y resolvió pasar al comedor á tomar desayuno. Estábamos empezando á tomar el café cuando nos sorprendieron los primeros tiros. Sin tiempo para más, entramos á la sala y don Flavio empezó á pedir las botas!...

Actó seguido se las facilitamos, se calzó y me ordenó, como en los días anteriores,

me fuera con el Mayor Manuel Merchan Eza á pelear al lado del Batallón Esmeraldas ayudando en su dirección á los jefes encargados que lo eran el Comandante J. M. Vega Moncayo y el Mayor Miguel S. Villacres por haberse retirado su primer Jefe el Comandante Saavedra á consecuencia de aguda enfermedad reumática.

El General montó á caballo y con gran serenidad salió al campo de acción acompañado por cuatro ayudantes que en ese instante se presentaron á comunicar la novedad. Cuando esto sucedía, el enemigo ya dominaba toda la línea; pues había tenido tiempo de rodearnos por todo el flanco izquierdo y de dominar la parte alta que mira al Cementerio.

Serían las nueve y media de la mañana cuando se generalizó el combate en toda la línea, notándose el mayor empuje por los lados de la estación en donde estaba colocada la artillería.

Los batallones que sostenían la posición Sur sobre la línea férrea, eran el Ayacucho, dándose de mano hacia el flanco izquierdo con el «Manabí», el «Número Primero», una columna del «Alajuela» y media Compañía de Esmeraldas. El Montero, el Escuadrón de Caballería, etc., etc., seguían en su orden.

El resto del batallón Esmeraldas fué colocado en toda la línea férrea una cuadra adelante del puente y replegado hacia la estación dando frente á la margen opuesta del río en espera del enemigo que venía flanqueando el ala izquierda; en la torre se encontraba el completo de la Compañía del Esmeraldas que actuaba en los potreros y desde allí disparaba certeramente hasta que la falta de blindaje en la torre obligó á dichos soldados á abandonar tan magnífica posición.

Los fuegos arreciaban nutridísimamente como á eso de las once de la mañana y en ese instante comenzó á notarse el decaí-

miento de parte de nuestras tropas. El General Flavio E. Alfaro se triplicó en toda la línea; tan pronto aparecía en la retaguardia como en la vanguardia y solo le acompañaban dos ayudantes. El Coronel Avila, Comandantes Acevedo, Fuentes y demás del Estado Mayor se habían replegado sobre nuestra línea y senotaba confusión completa. Nadie decía en qué estado nos encontrábamos. Grupos de oficiales aparecían en busca de salida del campo de acción, entretanto que Marín, El Jefe de Artillería, triplicaba sus fuerzas, unas veces manejando la ametralladora y otras, el cañón.

Como á eso de las once y media nos llegó la noticia de que Marín había quedado fuera de combate con tres balazos nobles y fué entonces cuando nuestra Artillería se quedó abandonada, pues ninguno de los compañeros del Mayor Marín cumplieron con el deber de sustituirle. El empuje del enemigo redobló sus ataques y muy pronto llegaron á la plaza tocándole entrar en lucha cuerpo á cuerpo al batallón Esmeraldas. Vega Moncayo, Villacres y Merchan, que se hallaban á la vanguardia, tomaron hacia la estación para recuperar la artillería y en aquel ataque impetuoso los Capitanes Simón Plaza, Octavio Montañó y Luis E. Tovar probaron su destreza como bravos, abriéndose paso con su machete al heroico impulso de su valor. A la retaguardia íbamos el Comandante Julio Fiallos, distinguido y pundonoroso militar, y el autor de esta narración. El fuego nos dominaba en toda la línea; á la verdad ya no había cómo escapar del peligro. El tiro certero del enemigo que avanzaba, sus descargas contínuas y la metralla, diezmaron nuestro bravo Esmeraldas y en el campo quedaron el abanderado Antonio Soasti y un regular número de soldados. El Capitán Horacio Llanos (antioqueño) que cargaba gallardamente al lado de su paisano Joaquín Vargas, cayó dignamente entregando su ri-

fle al Comandante Vega Moncayo y diciéndole: «estoy herido, no puedo continuar, sigan ustedes, avancen muchachos, viva Alfaro»; y desmayándose, pidió un poco de agua; yo, que ví la gran hemorragia que acababa con aquel simpático luchador, me acerqué y le hice una fuerte ligadura en el brazo dejándolo ya en poder del enemigo que avanzaba con rapidez, dando fuego graneado.

Los corredores de las casas que miran al río estaban repletos de cadáveres y heridos, y de nuestros compañeros se hallaban la mayor parte, unos en Guayaquil, otros en Durán y un pequeño resto de pundonorosos en la parte segura del puente esperando nuestro final resultado! El General Alfaro, herido ya, trataba de volver sobre el enemigo, pero nadie le hacía caso; unos pocos valientes se sostenían en la plaza y el enemigo aseguraba su avance. Ante aquella situación el Comandante Fiallos me dijo: «Coronel Lamus, esto está perdido, sálvese». Nada pude objetarle porque era desgraciadamente verdad; y convencido del desastre me uní con el Mayor Villacres, oficial de grandes esperanzas, y tomamos á pasar el puente entre un aguacero de balas que hacía difícilísimo el único punto de escape que nos quedaba. En ese instante llegó el General Flavio y al parar su caballo sobre la línea férrea cayó el animal de una descarga que le hizo el enemigo. Una canoa que estaba casualmente, recogió al General y á varios oficiales y se dejó ir aguas abajo. La derrota quedó declarada y el enemigo se hizo dueño del campo después de una lucha franca en que probó su constancia, su pericia y su indiscutible valor.

No pasaré por alto un bello pasaje de los soldados del Esmeraldas.

Estaban estos *bocabajo* aprovechando los rieles para asegurar su puntería y en espera del enemigo, cuando se presentó el Comandante Daniel Regalado S. ayudante

del General Flavio á pedir un refuerzo con urgencia extrema. Ante aquella premura, ordené al Capitán Simón Plaza le diera diez soldados previa condición de ir con el Comandante Regalado al lugar del refuerzo.

El Capitán Plaza pasó á su Compañía, y sin reparar ni escoger, contó: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez, de pie..., y en el acto los muchachos se pararon sin amostazarse, y recibiendo la orden, siguieron con Regalado á cumplir su consigna! A los veinte minutos, más ó menos, regresó Regalado y me dijo: deme otros diez hombres porque los otros han sido despedazados por la metralla...! Entonces pensé y le dije: no es justo sacrificar esta gente tan valiente y noble; váyase á otro batallón. El Comandante Regalado me halló razón y silencioso pasó á otro cuerpo!

Así se peleó en Yaguachi!..., á campo raso, como lo quería el General Flavio E. Alfaro, pero sin probabilidades de triunfo!

La tarde agonizaba con sus matices grises y el ejército revolucionario despedazado totalmente buscaba salvación por distintas direcciones.

Con varios compañeros, tomamos una montaña enlagnada cuyas aguas nos daban al cuello; y así pasamos el resto del día 18, 19 y parte del 20, día en que llegamos inesperadamente á las orillas del río Guayas. La alegría de aquella sorpresa nos dispersó, quedándome con un joven Alfonso Nicola.

Marco Tulio Mariott T., Jorge Castillo, Carranza y otros dos soldados, tomaron hacia una hacienda en busca de alimentos y no nos volvimos á ver. De Carranza, cuya suerte me preocupaba por su gravísima herida, supe que estaba en el hospital de Guayaquil; este muchacho, no obstante estar atravesado de un balazo en la parte central y los testículos, nos sirvió de vaquiano!

Jamás olvidaré de aquella montaña el

famoso episodio de Mariott con su legendario sobretodo!...

Llevaba este joven Mariott un sobretodo de astracan seda que según él era un recuerdo de su difunto padre. Lo penoso de la vía que habíamos recorrido, la débil constitución del joven y el cansancio, no le permitían cargar por más tiempo aquella prenda queridísima; la noche pretendía invadirnos y nosotros en medio de la laguna le exitábamos á que botara el sobretodo y siguiera, á fin de evitarnos el pasar la noche en tan penoso punto. El joven, con su voz fatigosa, nos hizo ver el valor de aquella reliquia y fue tan sincera su evocación dolorosa y tal su resolución de perder la vida antes que dejar el sobretodo, que uno de los compañeros, sirviéndole de Cirineo, le ayudó á sacar aquella pieza histórica empapada en agua y con un peso de cinco arrobas que á la fecha tendrá en su merecido mausoleo!

Ese mismo día 20 llegué con Nicola y un joven Franco que se nos agregó, á la hacienda de «La Providencia» en donde el amable y filantrópico caballero don Tomás Rolando Coello nos atendió cumplidamente.

El 21 hicimos nuestra entrada á Guayaquil á las cuatro de la mañana y después de darnos el abrazo de despedida, yo busqué hospedaje en la «Posada Sucre», donde descansé dos días en espera del eclipse total de aquella aurora que ya marcaba su hora fatal en medio de terribles desengaños.



El 19 de enero en Guayaquil

Convencidos los amigos del Gobierno Constitucional que habían en Guayaquil, del total desastre de Yaguachi por el número de heridos y desbandados que llegaban á la ciudad y al Puerto de Durán, resolvieron acabar con la Jefatura Suprema y se lanzaron á tomar los cuarteles con desmedido valor.

Entre aquellos sostenedores de la Constitución, había un grupo de jóvenes de lo más distinguido y honorable de la sociedad guayaquileña; pero aconteció que hallándose en la ciudad parte de gente revolucionaria que aún no había hecho campaña, éstos hicieron frente al ataque trabándose una lucha encarnizada en la cual pereció una gran parte de la juventud y un número regular de artesanos.

Esta matanza irritó muchísimo más los ánimos en contra del General Montero, quien viendo que don Flavio estaba herido, resolvió sustituirlo nombrando General en Jefe y Director de la Guerra al señor General don Eloy Alfaro quien á su vez aceptó tal cargo en hora verdaderamente conflictiva.

Este nombramiento hizo que el General Flavio dirigiera la siguiente carta al General Montero:

«Guayaquil, Enero 20 de 1912.

Señor General

don Pedro J. Montero,

Ciudad.

Estimado General y amigo:

Nadie mejor que tú conoces que vine animado de los mejores deseos para mantener contigo la más estrecha unión, como único medio conducente á la rehabilitación del Partido Radical, al cual pertenecemos.

Como resultado de esa conferencia asumí la Dirección General de la Guerra después de expedido el Decreto correspondiente.

El punto primordial de tal conferencia, la cláusula resultante de tal convenio, fué el pacto en cuya virtud se estipuló que el señor General don Eloy Alfaro, no tendría ingerencia directa ni indirecta en nuestros asuntos políticos.

Apelo á tu caballerosidad y á tu palabra solemnemente comprometida para recordarte que el llamamiento último á don Eloy, es una violación manifiesta de todo lo acordado. Y tú comprendes que este procedimiento me autoriza también para dejar insubsistente por lo que á mí respecta, el compromiso que hasta hoy me ha ligado.

No se ocultará á tu penetración que al retirarme yo, quedarían de hecho separados todos mis amigos y los demás elementos que forman el núcleo de apoyo y resistencia con que tú hasta hoy has contado.

Como no trato de proceder de ligero en asunto de suyo tan trascendental, ya para la República, ya para el partido, ya también para nosotros mismos, te suplico encarecidamente, que antes de adoptar cualquier partido, te sirvas meditar las consecuencias de un acto que implica para tí el olvido de un compromiso solemne.

No creas que trato de fomentar exaccio-

nes que, en los momentos actuales, serían nuestra ruina; pero es deber mío deslindar responsabilidades, á fin de que éstas queden definidas.

Habría deseado yo conferenciar personalmente contigo, de modo que tu presencia aquí sería todavía oportuna y conveniente: ella conduciría de un modo seguro, á un acuerdo entre los dos.

Si tú no vienes sírvete ver en esta carta mi renuncia irrevocable á toda participación contigo en la actual emergencia.

Tu amigo y camarada,

FLAVIO E. ALFARO».

«Guayaquil, Enero 21 de 1912.

Señor General don Flavio E. Alfaro,

Guayaquil.

Estimado General y amigo:

Es cierto, como Ud. lo asegura en su muy estimable carta de ayer, que en virtud de su conferencia conmigo, asumió la Dirección de la Guerra, después de expedido el Decreto Supremo de Enero 7 de 1912.

Pero «el punto primordial de tal conferencia, la cláusula resaltante de tal convenio», fué la unión de las fuerzas que ambos representamos «como único medio conducente á la rehabilitación del Partido Radical, al cual pertenecemos».

Y, desde entonces hasta hoy, todas las operaciones del Ejército del Litoral han sido dirigidas por Ud. con la más amplia libertad de acción, y han merecido siempre mi aprobación y apoyo, por ser emanadas de un Jefe prestigioso y de indiscutibles talentos militares como Ud.

He cumplido, pues, honradamente hasta hoy con lo acordado en aquella conferencia.

Jamás se ha tratado entre nosotros de excluir á ningún ecuatoriano de nuestros asuntos políticos; ni podía tratarse de eso en manera alguna, porque la separación ó abstención debería aceptarla, previamente el excluído, mediante la renuncia al ejercicio de sus derechos políticos.

La actuación reciente del General señor don Eloy Alfaro no tiene por origen la violación de mi compromiso con Ud. sino el impedimento de Ud. mismo, á causa de la herida que ha recibido en el combate de Yaguachi. Además, la intervención de don Eloy es transitoria, mientras dure el impedimento de Ud.

Esa es la verdad de todo lo ocurrido en este incidente que debe terminar sin más inculpaciones, para bien de la República, disciplina del Partido y vigor de la cordialidad que ha reinado siempre entre nosotros.

Apenas me dejen tiempo los trabajos de la actual campaña, iré á saludarle personalmente.

Su amigo y camarada,

(f) PEDRO J. MONTERO.

Esta nueva perspectiva de una tenaz resistencia con otro Director exacerbó más los odios haciéndose extensivos al General Eloy, quien con tal actitud demostró que su mediación anterior como hombre neutral no había existido.

Muy doloroso es tener que convenir con esta verdad, pero desgraciadamente los hechos así lo demuestran con toda claridad, y como estamos haciendo esta relación con absoluta independencia, nos vemos obligados á reconocer esta debilidad que en mala hora hizo de una eminencia suramericana, un mártir, cuya memoria respetamos teniendo que colocar sobre su tumba una corona de ciprés.

Muy duro es para mí, en mi carácter de liberal colombiano, separarme de la opinión de mis demás compatriotas al tener que complicar en la revolución al señor General don Eloy Alfaro; pero así como me consta su alejamiento en los preparativos que don Flavio inició desde Panamá, así mismo estoy convencido de que el viaje de don Eloy á última hora al Ecuador lo comprometió irremisiblemente como jefe rebelde contra la misma Constitución que él dejó implantada y que se estaba cumpliendo por el encargado del Poder Ejecutivo con toda religiosidad. Digo esto porque al señor Freile Zaldumbide no se le dió tiempo siquiera para analizarle su gobierno. Fue tan sincero este señor con el liberalismo, que para sofocar la revolución llamó al servicio á dos jefes prestigiosos, absteniéndose de jefes conservadores. Por esto al reconsiderar estos hechos, es de lamentarse profundamente que el *viejo luchador*, el noble amigo de Colombia, hubiera incurrido en tan tremenda falta. Tal vez su excesivo amor al Partido Liberal y sus dudas lo obligaron á ello; pero es el caso que fué débil y que comió de la fruta que le estaba prohibida.

Llegada la situación al último extremo en que el pueblo guayaquileño hervía en medio de un odio implacable, de esperarse era que la fiereza humana cegara á los inconscientes y los llevara á la locura ilimitada del horror de los horrores!

Sí; preciso es convenir con que á ese pueblo se le habían arrebatado seres queridos y por consiguiente la venganza que germinaba en él había sido despertada por el exterminio de nuestras armas y la tenacidad de nuestros jefes.

Si hay lógica en la vida, es necesario convenir con que esa fiereza, la impulsaron nuestras armas y nuestra obscada insistencia en una matanza sin probabilidades de éxito.

Y para mayor desgracia, el encono se

irritó hasta lo último con el tiroteo del 22 cuyo encarnizamiento consumó la obra!

Habiéndose firmado un tratado de paz por el cual se entregaría la plaza al ejército comandado por el General Leonidas Plaza G. se cometió la enorme tontería de abandonar los cuerpos dejándolos á la de Dios y sin señalarles rumbo definitivo de entrega.

¿Qué pasó?

Que el batallón Vargas Torres á órdenes de los Comandantes Bustamante y Hermógenes Cortés, en unión de un resto del Esmeraldas á órdenes del intrépido Mayor Octavio Montaña, fueron sorprendidos por la indignación del pueblo, en la Gobernación; y estos bizarros luchadores, no teniendo orden expresa de entregarse, rechazaron la acometida formidable hasta quedar diezmos en el campo de acción cumpliendo su deber como buenos esmeraldeños.

El Mayor Montaña fué encontrado en el campo con tres balazos mortales; el Teniente Joaquín Vargas (antioqueño) con otra herida en la región abdominal y los pocos oficiales y soldados que salieron ilesos, pudieron escapar y ocultarse á las furias de la multitud.

Media hora más tarde entraron á la ciudad los Generales Plaza y Andrade con su valiente ejército.

Con este motivo, el pueblo se distrajo en los agasajos á las fuerzas victoriosas y los Generales Alfaro, Montero y Páez no se aprovecharon de esa hora psicológica cayendo prisioneros como á las nueve de esa misma noche!

Parece increíble; pero indudablemente la fuerza siniestra del destino parecía que se encargaba de presentar aquella hora negra!

¿Por qué razón no se pusieron en salvo estos Generales cuando tuvieron tiempo para ello?

Las casas de los Cónsules que firmaron el tratado como testigos no les hubieran negado albergue y en ellas hubieran sido

respetados. Pero nó; se conformaron con entrarse á una casa particular en donde fueron descubiertos por unos niños como cosa meramente casual.

Lo que siguió á esta hora trágica fué irremisiblemente el desborde de pasiones contenidas por mucho tiempo y que en aquel instante crecieron hasta lo inenarrable: la bomba marina de la tempestad humana formó su torbellino arrasador.

¿Cómo contenerla?

La historia está llena de ejemplos que pregonan la impotencia de muchos gobiernos para oponerse á la impetuosidad de las turbas!

El único camino que quedaba era despedazar aquellas multitudes á bala de metralla. ¿Qué se sacaba de todo esto?

Es imposible ser injustos en acusar á determinada persona como responsable de aquellas desgracias!

Mi pluma al menos se resiste á cometer el crimen de señalar con rudeza descarnada á seres que para mi modo de ver las cosas, lejos de toda pasión, son inocentes!

Veámoslo.



El 25 de Enero de 1912

Las fuerzas del Gobierno Constitucional actuaban ya en la ciudad de Guayaquil y sus jefes principales se encargaban de exigir á los pequeños grupos revolucionarios que quedaban en algunos pueblos de la Costa, la entrega inmediata de sus armas enviando fuerzas á restablecer el orden.

Los presos políticos de importancia se hallaban en la Gobernación á donde fué trasladado á última hora, de su casa de familia, el General Flavio E. Alfaro con toda consideración y con el objeto de rendir declaraciones acerca de los compromisos del General Montero como revolucionario. Todo aparentaba tranquilidad y la mayoría del pueblo empezaba á sosegar sus odios.

De repente una fuerte explosión repercutió en toda la ciudad y gran pánico cundió en los habitantes.

Serían las once de la mañana. Averiguado el suceso, muy pronto corrió la noticia de que parte del Cuartel de Artillería había sido volado con dinamita, pereciendo varios oficiales y soldados de la fuerza que en él estaba acuartelada.

Al rato «El Ecuatoriano», periódico conservador dirigido y redactado por el señor Ricardo Cornejo, conocido en aquel centro como clerical extravagante, publicó la siguiente crónica:

Explosión en el Cuartel de Artillería

«Dos ocurrieron hoy á las 12 m. en el Cuartel de Artillería, LAS CUALES SE CREE

QUE HAN SIDO PREPARADAS POR MANOS CRIMINALES.

»Todo el frente del Cuartel que queda en la calle de «Santa Rosa», ha sido destruído.

»Por lo pronto sólo se tiene noticia de quince muertos y de varios heridos que con su sacrificio han venido á oscurecer más el cuadro horrendo de esta guerra civil que va asumiendo los más salvajes caracteres; y DECIMOS QUE VA ASUMIENDO PORQUE SE NOS ANTOJA QUE LA INMOLACIÓN CIUDADANA NO HA TERMINADO TODAVÍA. (¿...?)

»Ojalá que la autoridad dispusiera un prolijo examen de los cuarteles y demás edificios públicos, como la Gobernación y Jefatura de Zona, pues es muy posible que haya motivo para congratularse de tan interesante como oportuna disquisición.

 »CON ESTE MOTIVO HAY GRANDE EXCITACIÓN POPULAR Y SE ANUNCIA UN MEETING QUE PRESENTARÁ SUS CONCLUSIONES ANTE LA AUTORIDAD.  *

»AUNQUE MUCHO LO DUDAMOS, deseamos que sea esta la última sangre vertida para el logro de ambiciones desapoderadas.

»Los presos políticos y algunos soldados detenidos del Regimiento de Artillería «Sucre», quienes se encontraban en los departamentos interiores, en número de 105, fugaron en esos momentos de recio conflicto.

»Entre los heridos cuéntase al oficial de guardia, Teniente don Ramón Zaldumbide, quien resultó con una grave lesión en la cara.

 »Escritas estas líneas, se nos informa el juzgamiento del General Montero, mediante un Consejo de Guerra que debe reunirse hoy á las 5 de la tarde.» 

(De *El Ecuatoriano*, N^o 1986 del 25 de enero.)

* El subrayado y las manecillas son puestos por el autor del folleto para llamar la atención del lector hacia los puntos sustanciales.

Como se ve, más claro no puede presentarse la incógnita.

El Ecuatoriano es un periódico que sale de ordinario á las seis de la tarde. Y en este día parece que todo estaba listo, pues fué voceado á las 2 p. m...!

Ahora bien; publicada esta hoja periódica con tan sugestivo suelto, es lo natural juzgar que por lo bajo, las manos ocultas de la insidia continuaban la obra.

En realidad, los soldados se indignaron de modo exagerado, y los que antes habían estado pacíficos y resignados á su estrecha suerte, de este momento en adelante lloraban de rabia; y sugestionados como estaban, todo el reflejo de su cólera iba hacia los pobres prisioneros.

La multitud empezó á rodear el Palacio de la Gobernación, y era tal el gentío que, habiéndonos asomado por curiosidad, pudimos calcular, sin riesgo de errar, algo más de cinco mil personas entre hombres, mujeres y muchachos que pedían con impaciencia la cabeza de Montero.

La situación de los Generales Plaza y Andrade era en extremo delicadísima y fué de aquí de donde partió la resolución del Consejo de Guerra verbal que no tenía otro objetivo sino salvar al General Montero de la ira popular, apasiguando á la multitud con la promesa de cumplir estrictamente la sentencia que se dictara, que no podía ser otra sino degradación y presidio por estar eliminada la pena de muerte del Código Penal de la Constitución.

¿Qué otra cosa podía exigirse en ese espantoso momento?

Los jefes triunfadores luchaban por salvar tan terrible situación; pero la mano culta de los crímenes era más poderosa todavía. Y el desastre fatal se consumó con toda la fiereza que se deseaba!

El sol trasmontaba las breñas de la lejana erranía y la nieve brumosa acompañada e una sutil llovizna caía sobre los elegan-

tes edificios de la ciudad; un amago de rebosante impaciencia germinaba en la multitud que rodeaba el palacio en espera de la sentencia recaída en el desdichado General Montero y un vago presentimiento de fatal desenlace se notaba con expresiones de furor.

Serían las 7 y $\frac{1}{2}$ de la noche cuando creyéndose finalizado el drama pacíficamente, se abrió uno de los balcones de la Gobernación y en alta voz se participó al pueblo la sentencia recaída en el General Montero que consistía en degradarlo de su alta jerarquía militar condenándolo además á sufrir la pena de diez y seis años de prisión en cárcel cerrada.

El pueblo, sediento de sangre como estaba, no aceptó aquella sentencia y en un abrir y cerrar de ojos atropelló la guardia, llegó al salón en donde estaba reunido el Consejo y disparando seguramente sobre el sindicato, fué muerto en el acto y lanzado á la calle por uno de los balcones del edificio. De ahí lo recogió el resto de la multitud y vino el horrible festín que mi pluma se resiste á narrar, por ser esta una ola de sangre de esas que horripilan, desconciertan y enferman el corazón del hombre.

Como hemos visto, es imposible que en aquella hora trágica se hubiera podido precisar á la persona atacante y por lo mismo es una temeridad avanzar hasta señalar á determinado individuo como autor del primer golpe criminal.

Es de advertir que durante la canibalesca fiesta, se mantuvo un tiroteo al aire á semejanza de una gran cohetería con las armas que tenía el mismo pueblo.

Yo asevero que si se llamara ante un tribunal para que bajo la gravedad del juramento se señalara á determinado nombre, nadie se atrevería á tanto. Por esta razón me extraña ver que en publicaciones hechas al calor de una pasión, se presenten nombres sin consultar la gravedad de este procedi-

miento que más tarde la influencia poderosa del tiempo se encargará de condenar.

Jamás podré convenir con la injusticia que hasta hoy se ha cometido de exhibir con impiedad y sangre fría á esos caballeros que á despecho de las pasiones, son liberales y por lo tanto, incapaces de secundar aquella obra espantosa y cruel.

Veamos solamente el telegrama que el General Leonidas Plaza G. contestó al señor Presidente Freile Zaldumbide cuando éste le exigió que ocupara á Guayaquil por medio de las armas *para evitarse la vergüenza de conceder garantías á los traidores.*

«Durán, á 22 de enero de 1912.

Señor Presidente:

Si el ataque á Guayaquil, nos diera por resultado la captura de los cabecillas, lo habríamos hecho sin pérdida de un minuto, y seguros de triunfar sin grandes dificultades; pero como estamos convencidos de que no será posible capturar á los traidores porque tienen el vapor «Chile» y los buques nacionales «Libertador Bolívar» y «Cotopaxi» listos para escaparse con sus familias, á las que tienen á bordo, hemos resuelto economizar la preciosa sangre ecuatoriana de nuestros soldados. Por otra parte sería criminal exponer á Guayaquil á las consecuencias que sufrió Yaguachi. En cuanto á que sea vergonzoso obtener la entrega de Guayaquil por capitulación, *acepto esa vergüenza* y desde ahora les aseguro que esta página será la mejor que legue á mis hijos. Exento de ambiciones y hombre sin pretensiones ni vanidades, prefiero los modestos triunfos pacíficos á los ruidosos y sangrientos. *Mi espíritu está enfermo; la sangre derramada en Huigra, Naranjito y Yaguachi es sangre de nuestros hermanos, y no puedo ser impasible ante semejante calamidad.* To-

¿avía tenemos 400 cadáveres insepultos en Yaguachi: *se quiere más sangre? Que venga otro á derramarla.*

Soy del señor Presidente atento y S. S.

L. PLAZA G.»

Mayor demostración de dolor y de contrariedad no puede verter un Jefe.

Verdaderamente, el General Plaza como el General Andrade sufrían al ver aquella hecatombe de terribles desastres.

Y sin embargo la opinión parcial á la vez que absuelve al General Andrade acusa al General Plaza.

¡Cuánta ironía!...

He aquí un reflejo de lo que puede la pasión del hombre cuando mira con su lente al través de los impulsos del odio.

Si el General Andrade fué inocente como lo reconozco, también debe serlo el General Plaza; y hacerle justicia á este ecuatoriano ilustre, es un deber de humanidad y de justicia. Porque una de dos razones: ó el General Andrade careció de valor para llamarle la atención á su inmediato compañero de armas y entonces fué cómplice, ó el General Plaza era su digno superior y en este caso no hay otro dilema que este: ó Plaza es inocente como su compañero é inmediato subalterno el General Andrade, ó todos dos son culpables. Pero como está probado que la intriga venía del elemento clerical ó sea del Partido Conservador, es natural y lógico que estos dos Jefes del liberalismo ecuatoriano han quedado ilesos de toda culpa y que el grupo parcial que ha absuelto y condenado á su vez, ha cometido un error de lesa humanidad que habrá de corregir más tarde para tranquilidad de su conciencia.

28 de enero de 1912

Desde la partida de los Generales Alfaro, Páez, Serrano y Coral hacia Quito, un gran mutismo se notaba en la mayoría de los habitantes de Guayaquil y varias versiones corrían como bolas callejeras que mantenían en consternación á los parientes y amigos de aquellos ciudadanos honorables.

La creencia general era de que en el camino serían linchados por el pueblo, pues se decía que los habitantes de la provincia de Riobamba estaban en espera de los prisioneros para ultimarlos.

La situación que se había presentado al Gobierno de Guayaquil era en extremo angustiosa: El General Navarro—Ministro de Guerra—que había venido á Guayaquil de orden del Poder Ejecutivo y á quien el General Leonidas Plaza G., hizo entrega de los prisioneros, asumía sus funciones y dictaba las órdenes del caso.

Cometido el primer linchamiento en la ciudad de Guayaquil, los Generales Navarro, Plaza y Andrade comprendieron el inmenso peligro á que estaban expuestos los prisioneros, entre los cuales estaba el General Eloy Alfaro á quien la mayoría de aquellas turbas profesaba odio profundo.

En esta situación, solamente quedaban tres caminos: quedarse con los presos en Guayaquil, lo que constituía un verdadero peligro; facilitarles la fuga para salvarlos de la fiereza plebeya, ó mandarlos á Quito.

El primer punto, está visto que era convocar las masas entregándoles las presas ó

víctimas que estas anhelaban devorar, y por consiguiente, hacerse responsables del crimen.

El segundo, era traicionar al Gobierno á que servían.

El tercero, era lo más factible y esto fué lo que se hizo aprovechándose de la hora precisa en que las turbas se entretenían con los despojos del General Montero; pues si demoran esta resolución tres horas más, el estrago de aquellos Generales se hubiera efectuado en el amanecer del 26.

El General Plaza para satisfacción de su propia conciencia ordenó que el conductor de estos prisioneros lo fuera el Coronel Sierra; y para mayor garantía, una vez dictada la resolución por el Ministro Navarro, le exigió bajo juramento la promesa de entregar los prisioneros en Quito, á costa de su vida, lo que prometió dicho Coronel en su doble carácter de hombre y militar de honor.

Obtenida la promesa legal, fué despachado con el Batallón Marañón que hacía la custodia, saliendo de Durán como á eso de las tres de la mañana.

Clareaban ya las auroras del viernes 26 cuando el pueblo volvió á amotinarse al rededor de la Gobernación sediento de sangre y de venganzas!...

Los Generales Navarro, Plaza y Andrade habían salvado su responsabilidad y el pueblo, al darse cuenta de la ausencia de sus víctimas, comenzó á murmurar irritado y confundido al igual de la fiera cuando se le arranca la víctima de sus propios dientes.

El General Plaza para mayor descargo de su conciencia, dirigió al Arzobispo de Quito el siguiente telegrama:

Guayaquil, á 27 de Enero de 1912.

Señor Arzobispo:

Apelo á sus sentimientos humanitarios y cristianos para que emplee su influencia en favor de los prisioneros de guerra que son

conducidos á Quito. Vele Ud. por la vida de éstos á fin de que la justicia cumpla con su deber. Un acto de sangre y de violencia sería un escándalo ante el mundo que nos exhibiría muy tristemente. Apelo á usted, apelo á la Junta Patriótica, apelo al noble pueblo de Quito, para que todos reunidos cuiden á los prisioneros y contengan la ira popular que es inconsciente. La tragedia de ayer tiene consternada toda la ciudad y hasta el pueblo que la consumó está arrepentido y avergonzado. Deme una respuesta tranquilizadora.

Soy del Il'tmo. señor

L. PLAZA G.

Este telegrama fué recibido por el señor Arzobispo en Quito á las siete de la mañana del día veintiocho, es decir, seis horas antes del crimen.

¡Qué bella página hubiera sido la de que el señor Arzobispo con sus principales ministros hubiera ido al encuentro de los prisioneros hasta dejarlos en absoluta seguridad!

Desgraciadamente el señor Arzobispo no previó aquella hora siniestra y cuando pensó en ello ya era tarde: ¡la corriente era impetuosa; rugía la fiera!...

Día penoso fué aquel para los que estábamos esquivando las pesquisas de la autoridad policial. La mañana estuvo lluviosa y nadie se atrevía á comentar el linchamiento de Montero.

Yo me hallaba hospedado en una pieza de los «Baños del Comercio» con nombre supuesto; allí llegaban diferentes personas cabizbajas y silenciosas; algunos me miraban con extrañeza, pues, para no hacerme sospechoso, me sentaba en un banco que había en toda la puerta del establecimiento á leer *El Telégrafo* ó cualquiera otro periódico.

dico, aparentando una tranquilidad que á la verdad no tenía!

El encargado de aquel establecimiento era un señor de unos sesenta años, de pequeña estatura, cabeza encanecida, de trato esquivo y poco malicioso, aunque revelaba alguna experiencia de la vida. Los brotes de su alma eran muy espontáneos é ingenuos y fué así como pude ver que era un enemigo acérrimo del alfarismo. Dicho señor me aseveraba que los presos no llegarían á Quito y cuando se supo que habían llegado sin novedad, recuerdo la contrariedad que se reveló en su semblante!... Y así como este señor, se hallaban animados la mayoría de los enemigos del alfarismo.

Ya podrá figurarse el lector lo angustioso de mi situación en aquellos días; comprendiendo que á la larga se me podía descubrir, comencé á gestionar la consecución de otra pieza por conducto de un amigo y paisano; pues ya notaba que la treta de que me había servido haciéndome pasar por negociante de sombreros, estaba despertando alguna malicia, por varias preguntas que me hizo el encargado del establecimiento en asocio de uno de sus vecinos que trabajaba en dentistería y en quien descubrí un hombre demasiado suspicaz y avisado. Y no me equivoqué: como á eso de las 2 p. m. del 29 de enero, cuando aún no se conocían los sucesos de Quito, entró por derecho á mi pieza un oficial de aspecto tosco á preguntarme de improviso quién era y cuándo había llegado; la serenidad con que contesté á sus preguntas y el convencimiento en que lo dejé cuando le manifesté que era venezolano, hicieron que me dejara en paz. Acto seguido abandoné aquella mansión ya peligrosa, buscando la seguridad en otra casa de posada, debido al apoyo de dos buenos amigos.

Ese mismo día en la tarde, *El Grito del Pueblo* dió la noticia espantosa de los sucesos de Quito.

La indignación que siguió á este fatal acontecimiento hizo que se lanzaran diversas conjeturas desfavorables al Gobierno.

¿Quién podía suponer que en plena capital de una República en donde hay una alta dignidad eclesiástica, existe un cuerpo diplomático y tiene su asiento el Primer Magistrado de la Nación, pudiera verificarse tan tremenda tragedia?

Lo natural era que los Generales Navarro, Plaza y Andrade pensarán en esas seguridades y optaran por lo más cuerdo.

Ahora bien; puede hacérsele cargo al Coronel Sierra? No, de ninguna manera, porque él cumplió su juramento.

¿Qué causa pudo influir en aquel hecho horrendo que pueda explicar tal acontecimiento?

No hay duda que el apellido Alfaro era mirado á última hora por una gran mayoría del pueblo ecuatoriano, con odio desmedido. El Gobierno de don Eloy, así como había acometido empresas de progreso, había necesitado de mano de hierro para el afianzamiento de la paz y esta camisa de fuerza fué la que le crió ese odio profundo llevándole el calificativo de DICTADOR.

En el Gobierno del General Alfaro habían actuado políticos de miras ambiciosas que llenaron sus arcas sembrando el odio entre sus compatriotas y dividiendo el partido con sus intrigas y emulaciones.

Estas causas que el pueblo incipiente no analiza, cayeron en bloque sobre aquel luchador que ambicionó para su patria progreso y glorias á la sombra de la bandera ideal de sus profundas convicciones y sin ser examinadas conscientemente, fueron el motivo para que se presentaran con saña fiera á destruir á quien injustamente se consideraba, por esa parte analfabeta, un mal para la República.

Don Eloy era ya para esa clase plebeya y para los enemigos del liberalismo, una sombra pavorosa. Por consiguiente, en la

mente de aquellos séres no bullía sino una idea negra y tétrica: **DESTRUIR ESA SOMBRA; ACABAR CON LOS ALFARO...**!

Y fue así como aquel apellido que la historia juzgará más tarde, cuando los ecuatorianos se den el abrazo de reconciliación, trasmontó las colinas del martirio el 28 de enero de 1912 en la hora funesta de un crepúsculo de sangre purpurina desvanecido por las plateadas cordilleras que resguardan la histórica ciudad de las viejas leyendas conventuales!



Nuestra salida de Guayaquil

Era el día 2 de febrero; el vapor «Chile» flotaba magestuosamente sobre las amarillentas aguas del río Guayas, y un buen número de pasajeros, entre los cuales se encontraban los deudos de esa familia cruelmente sacrificada, esperábamos con impaciencia la hora de salida.

Varias pesquisas hechas durante el día en busca del Coronel Lamus, Secretario del Director de la Guerra, habían estado en activa solicitud para entregarlo á la autoridad respectiva. Entre éstas, recuerdo la que tocó con mi humilde persona: eran dos jóvenes; uno de ellos, el más acucioso, me sorprendió en la popa del segundo piso con el siguiente diálogo á quema ropa:

—Cómo se llama usted...?

Aunque, á la verdad, el lancetazo me lo dió en todo el corazón, es lo cierto que volviéndome á él, le miré de frente y aparentando la humilde actitud de un prójimo cualquiera, le respondí de modo displicente:

—Román García...

Pesquisa:—Para dónde viaja usted?

—Voy para Panamá.

Pesquisa:—Y de dónde viaja?

—De aquí, de Guayaquil.

Pesquisa:—Cuánto tiempo tiene usted de estar en Guayaquil?

—Aproximadamente unos seis meses.

Pesquisa:—Dónde están sus papeles?

—No tengo ninguna clase de papeles.

Pesquisa:—De qué nación es usted?

—Soy Colombiano—(Aquí hizo una pau-

sa y me clavó la mirada con más severidad.)

Pesquisa:—Conque usted es colombiano?

—Sí, señor.

Pesquisa:—Dígame: y quiénes eran esos dos individuos con quienes usted vino ayer á bordo?

A esta pregunta, comprendí que podía despistarlo y contesté: no los conozco, yo llegué, pagué mi puesto en la *falucha* y no tuve necesidad de averiguar con quienes me embarcaba. Lo que sí noté, fué, que uno de esos señores era muy raro en su modo de ser; pues se comprendía que estaba afanado porque no se paraba en pagar lo que le exigían y al llegar aquí al vapor dió un nombre distinto al que había dado en tierra al tiempo de embarcarse. Eso es todo lo que me consta, señor.

Pesquisa:—Y ese señor á quien usted se refiere es el que tenía sombrero fieltro de color gris? (aquí para pintar mejor el sombrero hizo una señal de manos.)

—Sí señor, el mismo!...

—Y sin pasaje ¿cómo pretende viajar Ud.?

—Señor, porque en tierra necesito, además del pasaje, hacer un depósito de sesenta sures que no tengo, en tanto que comprando el pasaje aquí á bordo, uno de mis paisanos que está empleado en este vapor, hace el depósito para reclamarlo nuevamente en Panamá.

—Y quién es ese paisano?

—Es el señor Jorge Rodríguez Chari.

Pesquisa.—Está bien, señor. Lo que me interesaba era saber quién era ese señor con quien Ud. vino. Dígame: y ese señor quedó aquí en el vapor ó saltó á tierra?

—Después de dar unas vueltas á bordo, y viendo que no podía embarcarse á escondidas—según parecía que lo deseaba—salió rápidamente y pasó al vapor «Ecuador». Después, no supe qué rumbo tomaría.

Pesquisa:—Gracias, señor; eso era cuanto deseaba saber. Excuse Ud. Y volviéndose á su compañero le dijo: ese es el que busca-

mos; vamos cuanto antes; ya lo tenemos!...

Este pesquisa ó policía secreto como les llamamos en Colombia, era un joven de unos veintitrés años; trigueño, pálido, imberbe; mirada investigadora y pertinaz; estatura pequeña; cuerpo delgado y ágil; temperamento activo y apasionado; inteligente y bien poseído de su rastrero cuanto miserable empleo.

La tranquilidad de mis respuestas hizo que me dejara en paz para ir á buscar al Coronel Lamus á quien dejaba sin darse cuenta de ello!...

No bien me ví solo, cuando cogí los papeles más queridos que guardaba y los rompí para quedar libre de cualquier compromiso.

Al rato, se embarcó el batallón Esmeraldas pasaportado á quien enviaba el Gobierno á su pueblo respectivo.

La mayor parte de estos muchachos, al verme, quisieron saludarme, pero á una señal ligera que les hice, comprendieron mi situación y se encargaron de guardarme la incógnita. El resto del día fué para mí de constantes sobresaltos y angustias ingentes que me veía obligado á tener que ocultar por mera conveniencia.

A las seis y media de la tarde todo estaba arreglado y el buque zarpaba dando sus estridentes pitazos. La noche cubrió con su negrura la extensa ribera y una esperanza de salvación alimentó mi pecho.

Libre de toda aprensión, busqué á mis caros compañeros del Esmeraldas quienes traían algunos instrumentos de cuerda y olvidando nuestros antiguos pesares, mezclamos nuestras notas y nos dimos á la evocación de dulces armonías en aquella noche memorable de infinitas tristezas.

Los cocuyos con sus ráfagas de luz, iluminaban la ribera, y el canto destemplado de las *lechuzas* y los *guácharos* traspasaba la anchurosa comarca regada por las olas silenciosas del río color de tierra y acariciada dulcemente por las ondas de un céfiro boreal.

Resumen

En aquel viaje que duró cuatro días, pensé largamente en la causa de los destrozos humanos que siembran la intranquilidad en los pueblos y llegué al firme convencimiento de que sólo el egoísmo y la avaricia de los hombres que buscan las riquezas en las arcas del Tesoro Nacional son y han sido siempre el eslabón principal de la desgracia de todos los asociados.

En efecto: pueblos hay en el Continente Sur Americano en donde la libertad es un adefecio por que el entronizamiento de un círculo malévolo y ambicioso ha extranguilado ese derecho sublime de los hombres que sienten en sus venas la altivez de aquella pléyade de héroes que nos dejaron un suelo para construir una patria próspera y grande á cuya sombra deberían multiplicarse las familias de una raza nueva mezclada con los hijos de la ibérica España.

Ninguno de los partidos políticos en que se ha dividido la opinión, ha sabido construir ese hermoso edificio, porque al instalarse en el Gobierno, en lugar de ser nobles y generosos con el partido caído, han entrado de hecho á ejercer la represalia con incalificable violencia.

«*A los nuestros con razón ó sin ella*» ha sido el lema; y como en sus manos quedan todos los poderes, las leyes estiran ó encogen según la conveniencia, y los perseguidos, huyendo de aquella vida terrible y azarosa, se ven á diario obligados á salir de su país abandonando seres queridos de quienes son su principal apoyo.

Y esos gobiernos faltos de moralidad, para tener adictos defensores, fomentan la empleomanía matando las industrias y las artes á fin de que los aspirantes á empleos públicos abandonen toda idea de trabajo independiente y busquen su única esperanza de vivir, alimentados con las migajas rastroseras que desde sus bufetes les tiran con desprecio los aniquiladores del tesoro y de las riquezas de la patria que exprimen sin piedad para ir después á despilfarrar sus pingües ganancias en la vieja capital del mundo!

Y cosa rara... el pueblo infeliz que los sostiene no ha querido darse cuenta del gravísimo error en que va caminando hacia el abismo que lo espera!

Colombia, por ejemplo, durante la dominación del partido conservador, solamente presenta hoy el encumbramiento de unas pocas familias quienes han sido dueñas de Aduanas, Ministerios, Tribunales, Legaciones, Consulados, Senadurías, Representaciones al Congreso, Gobernaciones, etc., etc.

Y cuando la hora del conflicto internacional con el Perú se presentó humillando la historia colombiana, el Gobierno, á la voz clamorosa de aquel pueblo, sólo pudo decirle: «AUN NO ESTAMOS PREPARADOS PARA UNA GUERRA INTERNACIONAL PORQUE NOS FALTA TODO!...»

Y era verdad. Porque hasta el carácter altivo de la raza se había perdido con la enseñanza mística!

Por eso, el pueblo no se fijó en los conservadores de grandes capitales adquiridos en contratos gravosos para el país, ni vió que el resultado de su sudor estaba en esas manos!

Los conservadores en su afán de entronizar su poderío en aquella desventurada tierra, necesitaron hacer de ella un feudo y en realidad lo consiguieron para vergüenza de ellos mismos; porque, ¿de qué les sirve llamarse colombianos en Europa, en donde pasan por grandes señores y hasta por no-

bles si la humillación de *La Pedrera* pesa sobre ellos de modo formidable?...

Y así es todo en esta pobre América latina cuyas riberas viene dominando ya la raza sajona con sus grandes elementos de conquista á que tendremos que someternos, si nos descuidamos, avasallados por el hambre y la miseria que nos domina en grado superlativo y angustioso.

Pensando en la decrepitud de nuestros pueblos, vi que la noche brumosa esparcía sus negras y cuajadas nubes sobre aquel mar que se agitaba dominado por una tempestad lejana que venía y que los vientos del Norte despejaron con suma gallardía.

A la mañana siguiente un cielo hermosamente azul nos presentó las costas ecuatorianas que limitan con Colombia y en ellas vimos dos cruceros del Aguila Americana que surcaban la orilla, al igual del águila rapaz en sus torneos al rededor de su inocente presa!

Tres días después, libres de todo temor, recibíamos el abrazo de amigos bondadosos en Panamá, punto de partida á donde encaminábamos la proa de nuestro barco para volver á las luchas cotidianas de la vida.

Allí recordé la dulce frase del Presidente Arosemena cuando dirigiéndose á sus Gobernados en una demostración de gratitud, les dijo: «Es esencial en los apóstoles conducta conforme con su credo ostensible. Ha de ser liberal en la cumbre el que se llamó liberal en el valle. El olvido de los principios en la prosperidad, — manifestación de mala fe, — causa el desaliento de la juventud noble y sincera—y dilata su final victoria». Y sin embargo la humanidad persiste en el error sin divisar el único camino de salvación cuya base principal estriba en la mutua tolerancia.

Inglaterra, el Gobierno más sabio del universo convencida de las enseñanzas del ilustre Voltaire, organizó su Ministerio dándole entrada al elemento republicano; y España,

la nación sacrificada por los ultramontanos, ha hecho otro tanto permitiendo en su Ministerio la representación del Partido Liberal. De este modo, aunque con lentitud, triunfará la sublime idea del filósofo francés sintetizada en este gran pensamiento que copiamos para que en él se inspiren los directores de las distintas sectas, cultos y partidos en que están divididos los pueblos del mundo:  LA MUTUA TOLERANCIA ES EL ÚNICO REMEDIO Á LOS ERRORES QUE PERVIERTEN EL ESPÍRITU DE LOS HOMBRES DE UN EXTREMO Á OTRO DEL UNIVERSO. — Voltaire. 

Hagamos Gobiernos sabios, levantemos generaciones nuevas sin ponzoñas en el alma, respetemos los tesoros de la nación; rechacemos todo contrato leonino, fomentemos las industrias y las artes echando á un lado la empleomanía; ahuyentemos el chisme despreciando á sus infelices agentes; castigemos la delación; eduquemos jueces que impartan la ley inspirados en la reacción del género humano y fundemos de corazón el amplio edificio de la República que soñaron nuestros antepasados para que las familias no sufran la ausencia de sus miembros y todos los hombres nos dediquemos al trabajo, única redención de los pueblos que hoy sucumben por la acción de los gobiernos pervertidos.

Hora es de recapacitar para que nos orientemos buscando el porvenir de la raza nueva cuyo vigor puede fomentarse con una educación activa, evitándonos de este modo la humillante conquista que nos amenaza con su mano rapaz y despótica que ya nos viene coqueteando con el dollar.

Magistrados del Sur y Centro América: pensad seriamente en el mañana y no os dejéis ilusionar por el presente!

Estamos en la hora solenne de las reivindicaciones y es preciso unificar la acción que habrá de proteger nuestra raza y nuestro idioma.

A última hora

Los últimos sucesos de sangre ocurridos en la ciudad de Quito y que nos comunicaron la muerte del ilustre y benemérito ecuatoriano GENERAL DON JULIO ANDRADE, han sido reproducidos por algunos periódicos con el carácter malévolo de achacarlos á la emulación de aspirantes á la primera magistratura de aquel país.

Los que tal hacen no premeditan el alcance de sus escritos y por esta razón, ya que escribimos sobre los sucesos principales, aprovechamos el espacio que nos queda para desmentir enérgicamente la especie de que el General Julio Andrade ha sido víctima de emulaciones y ultimado por soldados liberales.

En carta reciente que nos llegó de Quito de un amigo muy respetable, cuyo nombre callamos, se nos refiere el hecho así:

«Con motivo de la división y anarquía en que ha quedado el Partido Liberal en esta tierra, el Partido Conservador que está perfectamente compactado, creyó llegada la hora de su encumbramiento y aprovechándose de tener elementos tanto en el ejército como en los puestos civiles, optó por dar un golpe de cuartel para cogerse el Poder. Por fortuna, los liberales supieron contrarrestar la acción rechazando la acometida con tal vigor, que los conservadores se vieron obligados á dejar sus pretensiones para ocasión más propicia. Como consecuencia de este choque violento hemos tenido que lamentar la irreparable pérdida del hábil di-

plomático y distinguido militar General don Julio Andrade cuya memoria vivirá en todo el pueblo ecuatoriano que hoy llora y deposita sobre su tumba las flores del corazón.

»Por mi parte no sé decir hasta cuando quedaremos libres de las pretensiones ultramontanas y mi espíritu se consterna al pensar en el predominio de tan terrible partido!

»Creo que nuestra tarea no debe ser otra sino aunar los elementos liberales de buena voluntad para la fortificación del Gobierno, presentándonos como un sólo hombre á la lucha eleccionaria para sacar como Presidente de la República al único hombre capaz de regenerar esta tierra y que no es otro sino el bizarro General Leonidas Plaza Gutiérrez.

»Es un hecho que él quiere esquivar su actuación en la política y se excusa ante sus amigos; pero ¿qué podrá contestarle á la opinión unánime del partido que es la del pueblo?

»Durante el período presidencial del General Plaza Gutiérrez, las reformas á la Constitución, fueron hechos prácticos: se fundó el cementerio laico de suprema necesidad para acabar con el imperialismo clerical que dejaba fuera del cementerio católico á todo el que no hubiera sido en vida defensor del partido conservador. Se instituyó el matrimonio civil que tuvo por objeto contrarrestar la fatuidad clerical que obligaba á los jóvenes liberales de ambos sexos á tener que protestar de sus simpatías al partido liberal. Se crió la sabia ley del divorcio que garantiza la fidelidad y buena conducta de los cónyuges. Se efectuó la desamortización de los bienes del clero que poseía en el país los mejores edificios que hoy sirven á las necesidades del pueblo. Se llevó á cabo la supresión de la ley de patronato quedando libre el Estado, de la influencia é intrigas del clero. Se reformó la ley de inmigración prohibiendo la entrada al país de clérigos y monjas ex-

tranjeros. Se canceló la deuda exterior de la independencia, etc., etc. En una palabra: fué el verdadero reformador de la Constitución y su Gobierno fué respetuoso cumplidor de las leyes.

»Si tanto hizo en esa época en que no tenía la preparación que hoy le vigoriza, es muy razonable confiar en que si lo llevamos á la Presidencia en el próximo período constitucional, la obra será completa y podremos tener una patria libre de los vilipendios con que en hora desgraciada nos han zaherido nuestros vecinos del Continente en que vivimos.»

Como se ve, la muerte del General Julio Andrade ha sido causa de una pretensión del Partido Conservador y se comprende que hay excesiva malevolencia y fines depravados en contra de un personaje inocente á todas luces, contra quien han ido las flechas salvajes de la perfidia á estrellarse tristemente, como si los astros pudieran eclipsarse con el paso de una nube!

Jefes y Oficiales

del batallón «Esmeraldas» cuya conducta se hizo acreedora á nuestra admiración:

Comandantes José Saavedra y J. M. Vega Moncayo; Sargentos Mayores Víctor Martínez, Miguel S. Villacrés y Octavio Montaña; Capitanes Simón Plaza, C. Plaza, Eloy López y Horacio Llanos; Tenientes Rodolfo Perdomo, Gumercindo Villacrés, Miguel Hernández, Luis Enrique Tovar, Samuel Revollo, Alejandro Montenegro y Heliodoro Gómez; Subtenientes Mario Rivas, Miguel Calderón, Julio C. Luján, J. Antonio Soasti (muerto), José Clavijo, José Coronel, Mariano Montenegro, Tobías Rodríguez, Miguel Calderón Luján, José Sosa, Julio Guagua, Pedro Morantes, Joaquín Vargas, José Ignacio Velis y José Sola.

Adjuntos: Sargentos Mayores M. Franco y Ricardo Samaniego; Capitanes Adolfo Cruel, Pedro Pablo Prías, Eloy Lara, José Antonio Flor y Clímaco Valencia; Teniente N. Gobeá.

Éstos nombres son los que hemos recordado al correr de nuestra pluma, sintiendo inmensamente no estampar al final de este opúsculo todo el personal de tan gallardos combatientes.

El Gobierno del Ecuador investiga los hechos sangrientos

Por el telegrama que reproducimos á continuación y que hemos tomado del folleto titulado «A LA NACIÓN» en donde se hallan recopilados los documentos que acreditan la conducta del Gobierno para impedir aquella página de sangre, se verá que se ha ordenado por el señor Octavio Díaz Ministro de Gobierno, la formación de un PROCESO que presente á la faz del mundo á los verdaderos criminales que le llevaron esa *hoja negra* á una nación digna de nuestro respeto y cariño fraternales.

TELEGRAMA

SE ORDENA LA INSTRUCCIÓN DE UN SUMARIO,
PARA ESCLARECER LOS HECHOS LUCTUOSOS
DEL DÍA 28.

República del Ecuador.—Ministerio de lo Interior.—Nº 200.—Sección de Policía.

Quito, á 28 de enero de 1912.

Señor Intendente General de Policía de la provincia de Pichincha.

Ordeno á usted que bajo su más estricta responsabilidad disponga la inmediata instrucción del sumario para descubrir y cas-

tigar á los autores y cómplices de los asesinatos perpetrados en las personas de los señores Generales Eloy Alfaro, Flavio E. Alfaro, Ulpiano Páez, Manuel Serrano y Coronel Luciano Coral. Usted se servirá, además, darme cuenta diaria del estado de la causa.

Dios y Libertad.

OCTAVIO DÍAZ

Espérese pues el fallo de este PROCESO que el Continente ansía conocer con imparcialidad, y para entonces señálense á quienes la Justicia presente como responsables para recibir el dictamen inexorable de la sanción pública y el castigo correspondiente de la Constitución.

«*Fávete lingüis. Eureka*».